J. BALMORI -:- M. BERNABÉ

Balagtasan

(JUSTA POÉTICA)

MANILA
M.C.M.XXVII

El Recuerdo y el Olvido

✠

El Hombre y la Mujer

✠

La Ilusión y el Desengaño

PRÓLOGO

Hace ya muchos años, más que años, siglos, que España nos enseñó su idioma para que los filipinos tuviésemos una forma occidental de expresar nuestras ideas y sentimientos. España se retiró del escenario político por la fuerza de las circunstancias; pero quedó su idioma que los filipinos continúan hablando. ¿Tendrá que morir también arrastrada por la tumultuosa vorágine? ¿Tendrá que retirarse igualmente, o siquiera defenderse en el seno del hogar como en el único reducto de una gran fortaleza espiritual largo tiempo asediada?... Es muy difícil predecir la suerte de una lengua, porque la lengua es como una serpiente de cien cabezas que se enrosca a un árbol y una de sus cabezas se asoma por uma rama, y otra se insinúa en otra rama, y no hay manera de matar la serpiente sin

cortar todas las ramas y hasta el tronco mismo del árbol a que se ha acogido.

Lo que sí hay que decir, para honor de esta generación, es que la lengua castellana sólo deberá morir en Filipinas,—si algún día ha de morir—cuando haya completado su ciclo de oro, cuando los poetas, los literatos, los historiadores, los estadistas hayan podido hacer el mejor uso de élla para reivindicar, en los fastos de la Historia, la grandeza de una civilización, hoy discutida. Las futuras generaciones tendrán perfecto derecho y deber, como filipinas, de revivir nuestro pasado, de personificarlo, de respetarlo, de amarlo; pero sería un crimen para estas generaciones que todavía hablan y escriben en castellano, esperar de sus sucesores la defensa de la civilización secular que, nutre su pensamiento y su vida.

Los acontecimientos se precipitan unos sobre otros. Vamos alejándonos, casi vertiginosamente, de las fechas iniciales, lanzados, cual juguetes de un caprichoso Destino, a las rudas contiendas del mundo, en cuyo mar naufragan y flotan, cual pedazos de corcho, los elementos sin vitalidad y sin consistencia.

—*Renovarse o morir,*—decían los antiguos.
—*Renovarse o morir,*—repiten los modernos.

* * *

Y ¿qué es la poesía sino una de las expresiones, la más bella sin duda, del refinamiento de una civilización, que ha inquietado a la Humanidad desde la época de los Homeros? Cuenta la Historia que los filipinos fueron siempre muy amantes de la poesía desde los primeros tiempos; y los principales acontecimientos de nuestro pueblo,—religiosos, políticos o sociales,—están bellamente narrados en esos libros de crónicas, de cantares y de leyendas que los coleccionistas difícilmente consiguen salvar de los incendios y las destrucciones. Hasta las biografías de nuestros prohombres se hacían en versos ondulantes que se grababan en la memoria, no tanto por los hechos, reales o imaginarios, que relataban como por la felicidad y melodía de sus rimas. Había que llamar al poeta en cada ocasión propicia para ser,—lo que el filósofo para los antiguos—el intérprete de su pueblo. ¿No podríamos acaso afirmar, sin ser desmentidos, que no había para nuestros antepasados pensamiento real, ni me-

dianamente correcto, si no estaba bellamente expresado?

Ningún otro pueblo estimaba, como el nuestro, en tan alto grado el don de la expresión verbal. Podréis encontrar, como en el Japón galante, poetas de la guerra, del amor, del recuerdo, del olvido, de la renuncia, hasta de la muerte; pero nosotros, no solamente teníamos todo esto, sino que, además, teníamos nuestros torneos literarios, verdaderos combates singulares en que la prontitud en contestar al adversario era daga florentina, y la felicidad en la evocación y argumentación, espada refulgente. Aquellos torneos hicieron grandes a muchos poetas locales ahora caídos en imperdonable olvido. ¿Por qué razón cada municipio nuestro no hace un rebusco en sus viejos documentos, o memoria de sus antiguos poemas, para resucitar grandezas muertas y dar nueva vida y honor a nombres hoy olvidados? De aquellos Bernabés y Balmoris de antaño, que decían sus ternezas en la dulce lengua de nuestros abuelos, proceden en línea directa estos Balmoris y Bernabés de hoy, que hablan en castellano y se visten a la moda occidental. Habrá diferencia de tiempo, de ambiente y de vehículo de expresión, pero es

el mismo el genio que los domina, la emoción que los conmueve, el espíritu que los purifica, como es una sola su Patria, y una sola el alma filipina.

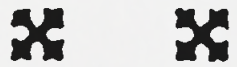
Jesús Balmori, enfermo un tiempo de bohemia sentimental, a quien habréis visto algunas veces, como yo le ví, vagar por el arroyo de la desesperación, blasfemando de la vida y de los dioses, como aquel su émulo, el glorioso Paul Verlaine, es nuestro lírico de hoy. Cuando esa ave canta a la *Mujer* el *Recuerdo;* y la *Ilusión*, notáis cómo se produce en el ambiente una música de celestes armonías, y desciende sobre vuestras almas, como un baño de luz, una divina y fulgurante espiritualidad. Su dicción misma no parece hecha para los oídos humanos: es el gemido monocorde y langoroso del que sueña vehementemente en la Luna, y en la Princesa, y en el Jardín y en el Amor... Es el hijo predilecto del dios Ensueño.

Manuel Bernabé es impetuoso, y es caudaloso. Su dicción es magistral y rotunda. Maneja la técnica del metro y de la rima con la difícil facilidad de que nos hablan los clásicos. Conoce la psicología humana, mayormente la femenina, en cuyo pro-

fundo arcano ha encontrado placeres y tristezas, más tristezas que placeres. Ha visto de la Realidad sus sombras, sus manchas, sus imperfecciones, y pasa sobre ellas como un *connoisseur*. Es, por esto, un filósofo pesimista y encantador. Cuando discurre poéticamente sobre el *Hombre*, el *Olvido*, y el *Desengaño*, nosotros los humanos nos miramos en su espejo y nos ponemos tristes, porque nos muestra el aspecto desilusionante de la vida. Es el poeta épico que ya nos ha dado bellas páginas que le acreditan como artista genial y perdurable...

TEODORO M. KALAW

Manila, 20 de agosto de 1926.



Balagtasan

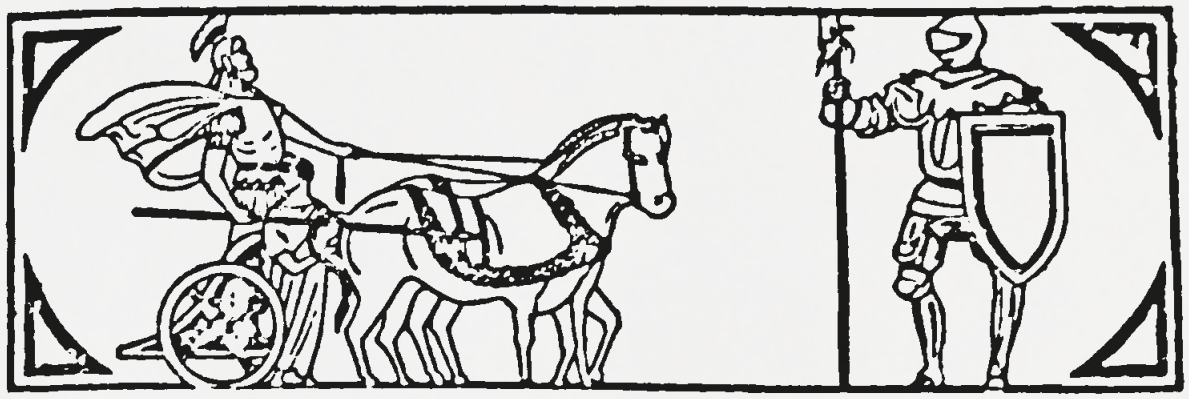
(JUSTA POÉTICA)

El Recuerdo

(JESÚS BALMORI)

El Olvido

(MANUEL BERNABÉ)



BALMORI

Antes que nada, antes de tundirme en el dolo
De la lírica lucha y el poético ultraje,
Pongo a tus piés mi acero, Estrella de Antipolo,
Virgen celeste y pura de la Paz y Buen Viaje!

Nada importa que caiga deshecha mi loriga,
Ni que salte en pedazos mi gloriosa tizona,
Si al chocar de mi espada con la espada enemiga,
Se cubre de diamantes tu divina corona!

Y después de esto y antes de jurar por mi fé
Y mi Dios y mi dama, el triunfar o morir,
Te saluda mi espada, señor de Bernabé,
En esta bella justa del pensar y el sentir!

Mi tema es el Recuerdo, mi mote la hidalguía,
Mi divisa un laurel, mi coraza un peñasco!
En mi frente una blanca pluma de poesía
Ondula sobre el águila de oro de mi casco.

En carroza de ópalos diez corceles con alas
Me llevan a cazar estrellas temblorosas!
Cuando canto el amor, suspiran las zagalas!
Cuando canto la vida, se coloran las rosas!

Mi alma ardiente y pagana a los dioses inmolo,
Y en la fiesta en que el chipre se riza en las corolas,
A su diestra me sienta Nuestro Señor Apolo.
Y por mí surge Venus desnuda de las olas!

Soy príncipe y señor del sistro y la gacela!
Rugen por mí de amor las esclavas de Oriente!
La luna ha derramado su plata en mi escarcela,
Y el sol ha derretido su oro sobre mi frente!

Mi juventud es bella como fulgor de aurora,
Y mi alma es como un cofre de perlas y zafiros,
El cisne que se muere y la mujer que llora
Refugian en mis brazos sus lánguidos suspiros!

No han para mí secretos la fuente, ni el lucero,
Ni la rosa, ni el verso, ni el dolor, ni el ideal,
Y hay quien gustoso cae al golpe de mi acero,
Porque mi acero le hace, al caer inmortal!

En mi alcázar de ensueño que custodian los bardos,
Y las vírgenes indias derraman sus aromas,
A mis piés, olvidados, bostezan dos leopardos,
Y en mi pecho, adoradas, se arrullan dos palomas!

He vencido en cien lides a tantos caballeros,
Y he triunfado de tantas, tantas batallas fieras,
Que ya están fatigados mis invictos aceros,
Y están tintas en púrpuras mis gloriosas banderas!

Pero a pesar de todo, de aquí a un fugaz instante,
En el lugar de honor de este mismo recinto,
Restallará ante tí mi verso relumbrante,
Cual la espada que al cinto llevaba Carlos V!

¡Ponte en guardia, poeta! ¡La lucha va a empezar
De la reina Poesía bajo el aureo balcón!
¿No ves brillar mi espada como un rayo solar
Buscando entre las sombras tu oculto corazón?

⁂ ⁂

BERNABÉ

De la entraña del bosque oí un clamor lontano,
que vino a estremecer mi nido castellano,
y la voz parecía que era voz de un hermano.
Vengo de la manigua, de las pampas distantes,
en las manos el tirso de las rosas fragantes,
y en los labios el nombre de Dios y de Cervantes.

Yo dormía en mi lecho de paja. Y a mi vera
reía la fontana, cantaba la pradera,
y el Sol era una hostia de eterna primavera.
Yo soñaba en la paz del campo, que es mi cuna,
y mi humildad creía que la mayor fortuna
eran la fuente, el agua, el pájaro y la luna;

Con la oración de Apolo saludar a la aurora,
mientras una pareja de aves elabora,
en el hueco de un tronco la vida triunfadora.
¡Qué quieto en la montaña mi nido lugareño!
Allí, bajo los árboles, era mi dulce sueño
ver el mundo muy grande, siendo yo tan pequeño!

Labrando van los surcos hombres de raza fuerte,
contentos con la vida, contentos con la suerte,
pues tienen alma limpia, no temen a la muerte.
Allí no llega el humo letal de chimeneas,
ni el estruendo babélico de los hombres e ideas.
¡Si el hombre hizo las urbes, Dios hizo las aldeas!

¡Oh, la paz franciscana que dora los vergeles!
Mientras bebo en la cuenca de mi mano las mieles,
deja que me desciña mi manto y mis laureles!
Como Fray Luis, lejos del mundanal ruido,
aprenderé a olvidar lo que soy, lo que he sido,
al beber en las aguas divinas del Olvido!

Poeta, sois el príncipe del metro y de la rima;
vuestra carroza es de oro, que un sol de gloria anima;
yo me arrastro en la tierra, vos fulgís en la cima.
Soy la frente desnuda, vos la fúlgida testa;
si iluminâis los parques, yo tiemblo en la floresta;
vos cantáis el orgullo, yo la virtud modesta.

En guardia estoy, hermano. Aprestaos al instante.
Pero ved que la hormiga puede volverse atlante,
si se engarza en la estrofa la virtud de diamante.
No rendiré mi espada de sol y poesía
si en justa he de cantar a la Virgen María,
o a la tierra de amores, la dulce Patria mía!

¡Señora de Antipolo! Como cuando era niño,
cobíjame en tu manto, que es mi mejor coraza:
La vida ha mancillado mis nieves y mi armiño,
pero va en mi plegaria el alma de la raza.

Si mi raza es la raza de grandes maravillas
es porque el Cristianismo le dió su sangre y luz;
y mañana, al ser libre, caerá de rodillas,
y en la hostia de su frente refulgirá la cruz.

✠ ✠

BALMORI

¡Yo era un niño travieso que jugaba en la playa
Piola con otros niños, mientras silente y sola,
En el azul volaba armoniosa una maya,
Y en la playa rompía sus encajes una ola!

¡Mar azul de mi pueblo! ¡Bello mar de la Ermita
En el que a sal y a sol mis carnes he dorado!
¡La poesía divina que en mi frente palpita,
Me la dió ella en un sorbo cristalino y salado!

Y lo mismo del alba en las rosadas brumas,
Que cuando se moría el día en su celaje,
¡Mi frente coronó con estrellas de espumas,
Y mis plantas golpeó con la crín de su oleaje!

Cuántas veces su arrullo maternal y sonoro,
Me acarició en la noche celestemente bruna,
Cuando estaba tendido sobre su arena de oro,
Contando con los dedos los rayos de la luna!

¡Cuántas veces rendido y con las fuerzas rotas,
Dormido me quedé cabe todas sus galas,
Mientras mi alma volaba con las blancas gaviotas
Que abrían en el viento las flores de sus alas!

Como era un niño pobre que no tenía nada
Sino el tul de sus aguas y el oro de sus soles,
Todos mis juegos eran en su playa adorada,
Y todos mis juguetes eran sus caracoles!

Con sus algas ceñí de ajorcas mis tobillos,
Con sus corales me hice una tiara encendida,
Y formé con su arena mis primeros castillos,
¡Esos mismos que a diario me derrumba la vida!

Mi reina era una niña fina como el helecho,
Toda llena de trenzas y arena y candidez,
Yo la llevaba en hombros, sintiendo sobre el pecho
Los temblorosos golpes de sus descalzos pies.

Para ella tuve conchas, cigueyes y corales
Para ella tuve flores y estampas de color
Y por ella, a pedradas con los otros zagales,
Aprendí a ser un hombre, defendiendo un amor.

Y esto fué como el último bello cuento encantado
En que un dragón custodia a una reina dormida;
¡Ahogar ese dragón es ahogar mi pasado,
Y es hacer que se muera la reina de mi vida!

No es noble ni es gentil el corazón que olvida.
No es mariposa el alma, que va de flor en flor.
¡No hay nada que se pueda comparar en la vida,
Al recuerdo que deja nuestro primer amor!

¿Qué ensueño de ambición, de gloria o de fortuna
Puede hacer apagar del olvido al través,
Aquella nuestra novia de las noches de luna,
Aquel amor sentido por la primera vez?

Primera carta escrita en papel sonrosado
Y en románticos versos, ¿dónde has ido a perderte?
Un corazón llevabas con un puñal clavado,
Y bajo él este lema: ¡O tu amor, o la muerte!

¡Oh, añoranzas dolidas! ¡Oh, nostalgias nupciales!
¡Saudades de un jardín de cancela dorada,
Cuando entre la maraña de los verdes rosales,
¡Besábamos dos rosas: los pies de la adorada!

Y cuando el viejo Cronos, las horas repasando,
A cada nueva aurora nos iba sorprendiendo,
Con los ojos riendo, los labios suspirando,
Las manos enlazadas, el corazón ardiendo...

¡Aún recuerdo a la amada! Era suave, era leve;
Sus carnes eran de ámbar salpicado de rosa;
Además, era ingenua como un copo de nieve,
Y además, era buena, humilde, cariñosa.

Su cintura cabía dentro de una pulsera;
Sus ojos parecían dos estrellas de llanto;
Y cuando se soltaba la negra cabellera,
¡Era cual si una reina se cubriera en su manto!

Altísimo poeta: Tu verbo retador
Es un solo color de la vital paleta,
Porque si te olvidaste de tu primer amor,
¡Ni tienes corazón, ni puedes ser poeta!

En nuestro corazón de ingratitudes preso,
En las horas que vuelan para nunca volver,
Puede olvidarse todo, menos el dulce beso
Que, llorando de amor, despertó a una mujer.

Y es inútil que trates de atajar la corriente
Que hacia el recuerdo empuja tu vida atolondrada;
¡Cada laurel glorioso que corona tu frente,
Regado está con lágrimas de una mujer amada!

BERNABÉ

Oid, poeta, un cuento
de mi primera edad;
lo tengo aún clavado
como agudo puñal.

Caminico del valle
un día de San Juan,
cantando iba por agua
al limpio manantial,
Paz, la de ojos de noche
y alma de castidad,
la moza según fama,
más linda del lugar.

¡Quien viera en la mañana
dorar el sol su faz,
la noche de sus ojos,
su alma de castidad,
hubiera visto un rostro,
más que rostro, un rosal,
y sentido, alma adentro,
unas ganas de amar!

—¡Hermosica criatura,
por tu bien, no tu mal;
no vayas a la fuente,
que muy lejos está.
¡Quién sabe si se hieren
tus pies en el zarzal!
Dáme el cántaro, niña,
que agua he de sacar!—

—¿Y si madre se enfada?
¡No me tientes, zagal!
Y, tras reproches tiernos,
camino al manantial,
la niña, como un lirio,
se rindió a su galán.
Con el cántaro, el alma
también me quiso dar.
Amor, que es sacrificio,
amor es de verdad,
y en la roca más dura
y en el más seco erial,
florecerá el encanto
de su inmortalidad.

Y desde entonces fuimos
juntos al manantial,
a aprender las primeras
letras del bien amar.

Cada alba, una promesa
que era fidelidad:
—¿Me olvidarás un día?
—¡Tonto! ¡Nunca jamás!
Y el eco de su acento
sonó en la inmensidad
del bosque, que temblara
al oirla jurar.

Y le conté a mi madre,
bajo el rayo lunar,
aquel primer encanto
de un amor virginal.
Y élla, mirando al cielo
me suspiró:—¡Ojalá
tu corazón pequeño
no te engañe jamás,

y la niña a quien quieres
no te sepa olvidar!

Y fuí al colegio, donde
en la hora de rezar,
me acordaba del valle,
del día de San Juan,
del cántaro y del agua,
camino al manantial;
y en la hoja de los libros
ponía con afán,
junto a la Inmaculada
el nombre de mi Paz.

Tras jornada de meses,
llegó el tiempo estival,
que abre un corto paréntesis
a la vida escolar.
El fardo de mis libros
fuí empezando a atar;
despedíme de todos,
como buen colegial;

y una mañana fría,
como la de San Juan,
emprendí mi camino
de regreso a mi hogar.

Cuando llegué a la aldea,
el viejo sacristán
repicó las campanas
de le ermita rural,
y salieron a verme
los niños del lugar,
los criados de casa,
el enjambre rapaz
que robaba los frutos
del huerto vecinal.

Y vino el limosnero,
el viejo capellán;
todos, ¡ay! me esperaban,
menos mi dulce Paz.

Mi madre fué a mi encuentro
con angustioso afán,
y cubriendo de besos
el carmín de mi faz,
me dijo sollozando:
—¡No la esperes ya más.
Olvidó las promesas,
por un lindo zagal!—

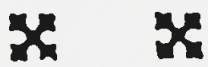
Yo no sé lo que hice,
mas sentí resbalar
la lágrima en el rostro,
como hirviente metal.

Fué la primera lágrima
de mi primera edad,
y la herida aún sangra
al quererla tocar.

Desde entonces, vagando,
busqué la soledad,

soledad que es olvido,
olvido que es la paz;
¡Soledad, paz, olvido,
que me harán inmortal,
porque son, en compendio,
¡la Vida y la Verdad!

Poeta. Mi historia tiene su lección.
¿Quién que es no supo de amar y olvidar?
Es un álbum blanco cada corazón:
después que ha escrito su hoja la Ilusión
el Olvido viene y la ha de borrar.



BALMORI

El amor es la roja herida del dolor
Y nos deja señales para toda la vida
Aunque te cures de una gran herida de amor,
¡Sus cicatrices siempre recordarán tu herida!

No por dejar de amar, se olvida del amor,
El Amor no se puede en el olvido ahogar,
La prueba es que las almas vuelan de flor en flor,
Mariposas de amor, mientras pueden amar.

¡Esta es la ley, poeta! Cuando muere una flor,
Semilla es de otra flor su tallo deshojado.
¡Recordando un amor, volverás a otro amor!
¡Y siempre vivirás de amor encadenado!

✠ ✠

BERNABÉ

¿De amor encadenado? Cadena, ¿no hace daño?
Un amor y otro amor: lo muerto reanimar;
nutrirse de cadáveres que arroja el desengaño,
igual que los cadáveres que va arrojando el mar.

BALMORI

Fué ayer, cuando después de tres revoluciones,
Bajo un triunfo de águilas que batían sus alas,
Ví pasar victoriosos los indios batallones,
Al silbar estridente de las últimas balas.

Al son de las cornetas las tropas aguerridas,
Marchaban destrozadas por todos los dolores;
Pero, ¡ah! sobre sus frentes morenas y abatidas,
Flor del sol, nuestra enseña se abría en tres colores.

¿Cómo hacer que el olvido mi corazón taladre
Ante la flor de flores que abría nuestra historia,
Si en élla iba la Patria, si en élla iba la madre
Si en élla iba el amor, si en élla iba la gloria?

¡Oh, recuerdo divino de la ocasión primera,
Como ninguna excelsa, santa como ninguna ,
En que besé, postrado de hinojos, mi bandera,
Tiñéndome los labios con la sangre de Luna!

¿Cómo olvidar jamás el santo frenesí
Que me obligó ante el símbolo de la Patria jurar:
"Te juro por mi honor que he de luchar por tí,
Y por tí he de morir, si no puedo triunfar?"

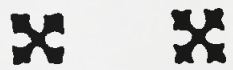
Es inútil querer aventar la memoria,
Y es vano el oponer olvido a la cruzada.
¡Todo lo que se escribe con la sangre o la gloria
No se puede borrar por nadie ni por nada!

Ruido de los tambores, clangor de las cornetas
Vuelo de las banderas, trajín de las espadas,
Vosotros sois la clave que enseña a los poetas
A morir por sus Patrias, cuando son ultrajadàs.

¡Primer beso de madre cariñosa y santera!
¡Primer beso de novia, rosa de los cariños!
¡Primer beso de gloria de la patria bandera,
Cuando, bajo sus pliegues, dejamos de ser niños!

Abrieron tales surcos, dejaron tales huellas,
Que para qûe olvidáramos su amor de los amores,
Tendrían que borrarse del cielo las estrellas,
Y quédarse la tierra sin mujeres ni flores.

Señor de Bernabé: Si no estamos de acuerdo
Y juzgas cuanto digo fantástica quimera,
¡Puedes hacer pedazos este postrer recuerdo,
Si hacer pedazos puedes el sol de mi bandera!



BERNABÉ

¡Patria de mi corazón,
tierruca de mis mayores,
oh, nido de mis amores
y asiento de mi nación!
¡Oh, santa Revolución,
cuán efímera tu gloria!
Tal se apagó tu memoria,
que ya no vive tu nombre,
ni en el recuerdo del hombre,
ni en los fastos de la historia!

Como estrella en el espacio,
héroes de verbo y acción,
pasan Torres Bugallón,
Yengko, Luna y Bonifacio!
Pero el gobierno rehacio
no mantiene sus derechos.
Son girones ya maltrechos
los símbolos de los hombres:
¡Aquí se recuerdan nombres,
pero se olvidan los hechos!

Frente el pecho a la metralla,
que locas muertes vomita,
yo ví una hueste bendita
ir al campo de batalla.
Lanzó su reto al canalla
y se rió del más fuerte.
¡Cuando se escribe la suerte
de una raza sin historia,
por la escala de la gloria,
se va cantando a la muerte!

Y así cantando su fé
aquellos hombres murieron;
pero lo que ellos hicieron
nada es ya de lo que fué.
No me inquiráis el porqué
se olvida la multitud:
¡Amor, belleza, virtud,
semilla de patriotismo,
van cayendo en el abismo,
de la humana ingratitud!

Ya lo que fué no se nombra,
ni como un ejemplo escuálido:
éste muerto, aquél inválido,
pero todos... en la sombra.
Ellos han sido la alfombra
de los tantos que han subido:
no esperéis que el merecido
paraíso se les abra:
de los dioses la palabra
se fué al viento del olvido.

¡Mártires de la nación,
orgullo de nuestro ayer,
que sucumbísteis sin ver
la aurora de redención!
Cuando otra revolución
pida sangre a derramar,
volveréis a enarbolar
la bandera, a combatir,
y volveréis a morir
y os volverán a olvidar.

Poeta: ¿quién se acuerda del silbar de las balas,
si el viento se lo lleva como un eco perdido?
El Recuerdo es un pájaro que bate sus dos alas
y acaba por posarse en la Isla del Olvido.

BALMORI

Poeta: De esta justa que doy por concluida,
Quede en tu corazón un recuerdo florido.
A pesar del olvido, mientras dura la vida,
La vida es el recuerdo, la muerte es el olvido.

Querer borrar del alma, memorias del pasado
Es vano, mientras pueda el corazón latir.
¡Recordar es de nuevo vivir lo recordado!
¡Olvidar es dejar de pensar y sentir!

Ten por cierto que en esta nuestra vital jornada,
En que todo se torna amigo o enemigo,
Ni los brutos olvidan. ¡La fiera castigada,
Refrena sus impulsos recordando el castigo!

Ni aún en sueños nos deja de enflorar los sentidos,
Y cuando el sueño irrumpe en nuestros nervios yertos,
El recuerdo desciende a los ojos dormidos,
Y dormidos soñamos lo que hicimos despiertos.

Siempreviva divina, surtidor encantado,
Sus aguas y sus flores a nuestra vida enlaza;
Sin los vivos recuerdos que forman el pasado,
¿Cómo redactaría su historia cada raza?

Si algún día te encuentras lastimado y dolido,
Y buscas el olvido como compensación,
¡Dios te libre, poeta, de caer en olvido,
De no hallar un albergue en algún corazón!

Olvidar no es curar heridas de dolor,
Ni es hallar en el fárrago de la vida la calma.
El olvido es ingrato, inhumano, traidor,
Es la horrible parálisis de la alas del alma.

Olvido es detenerse en mitad del camino,
Olvido es ser cobarde a toda desventura,
Es el veneno que arde en la copa de vino,
Y el cascabel que suena, al reir, la locura.

Nunca tuvo la nieve del cisne, ni el armiño,
Nunca arrastró por velo un iris de colores,
Es el hogar sin luz, sin pan y sin cariño,
Y es la tumba sin nombre, sin lágrimas, sin flores.

¡En el nombre de Dios, de la Patria querida,
De la santa poesía, de la gloria que fué,
De todo lo más alto y noble de la vida,
El amor, la justicia, la belleza y la fé;

Bendito sea el recuerdo, rosal de las divinas
Corolas temblorosas como ardientes bengalas,
Aunque, al cojer sus rosas, queden en sus espinas
La sangre de mis manos y el oro de mis alas!

BERNABE

¡Recordar! ¡Ay del alma que recuerde
la quiebra que ha sufrido la ilusión:
la memoria es la fiera que nos muerde
el pobre corazón.

Trapos de gloria, flores deshojadas,
amores idos para no volver,
féretro de esperanzas desoladas,
que llenáis el ayer;

No retornéis a la memoria mia
que fuérais un veneno a mi existir:
¡El recuerdo es la bárbara agonía!
¡Recordar es morir!

Es la rueca tenaz que hora tras hora
va hilando nuestra lenta anulación;
es la loba del mundo que devora
la fe del corazón.

Es el remordimiento del pecado,
gusano roedor: es Caín cruel
que muere en el recuerdo atormentado
por su hermano Abel.

¡Recordar los agravios! ¡cuán mezquino!
Es guardar una larva de traición.
Olvidar es sentir algo divino.
¡El olvido es perdón!

Recordar es mirarse en el espejo,
es sentir pena al verse envejecer;
olvidar es tirar el fardo viejo:
¡es volver a nacer!

El recuerdo es tirano y es verdugo
que nos ata a la dura realidad:
¡Olvidar es romper el triste yugo!
¡Olvido es libertad!

Almas rotas por crueles desengaños,
niñas que un mal de amor llorando vais,
víctimas de mentiras y de daños,
¿por qué, por qué lloráis?

La pena es agua que a la mar inmensa
va a caer del Olvido del amor.
¡Olvido es progresiva recompensa
del humano dolor!

Todo se borra en el olvido. Es fosa
abierta para el mal y para el bien.
¡Un nombre amado escrito en una losa!
¡ay! se borra también.

Poeta, si las dichas acordadas,
dan dolor por temor de no volver;
si penas y derrotas no olvidadas
producen desplacer;

Si vino, ausencia o muerte es don sabido
tras que se afana el que huye del dolor;
¿por qué no refugiarnos en olvido?
¡Olvidar es mejor!

¡Santo olvido! ¡Panacea
que no encontraron los sabios!
¡Bálsamo de los agravios,
dicha que otra dicha crea!
El mundo es viejo y chochea
por recordar lo que ha sido;
pero Dios, compadecido
de la humana criatura,
diluye toda amargura
en una gota de olvido.

Tú, oh Pueblo, también olvida
la injusticia a tu ideario;
olvida el largo calvario
que has recorrido en la vida.
Con la sangre de la herida
renueva tú corazón.

Llama a Dios en oración
por que ilumine y ablande
el alma de un pueblo grande
que absorbe tu redención!

Y yo, ¡al fin! ¿por qué pedir
que perdure en vuestra mente,
si es fugaz río el presente
que corre al mar del morir?
Luccecilla es mi existir
que poco a poco se va;
y mañana, cuando ya
se lleve la tumba un hombre,
de este poeta sin nombre
¿quién, al fin, se acordará?

El Hombre -:- La Mujer

(MANUEL BERNABÉ) (JESÚS BALMORI)

PREMIADO CON EL

PREMIO ZOBEL

DEL

CASINO ESPAÑOL

CORRESPONDIENTE

Á

1926

Balagtasan

(JUSTA POÉTICA)

BERNABÉ

Salutación

A los ases hispanos
Loriga y Gallarza.

España fué que un día llamó a sus hijos buenos,
porque tenía sed de conquistas mayores;
y les brindó la savia de sus robustos senos
y les dió la tizona de los Conquistadores.

Y atravesaron mares gallardas naos ligeras,
y subyugaron pueblos invencibles legiones,
y no hubo en el planeta ni cumbres ni fronteras
que no oyesen el sordo rugir de sus leones.

Y cual si rematase la epopeya española,
Hernán de Magallanes se adentró en nuestro mar,
trayendo por los siglos en la espuma de una ola,
la cruz isabelina, la fabla del juglar.

Cuando España se fué, quedó la hija sola,
pero la voz del Hada sonó en la lejanía:
"El amor de la madre es la nave y es la ola,
y como nave y ola, ha de volver un día."

Y España ha vuelto, siempre desplegadas las velas,
rompiendo la primera los sutiles arcanos;
sólo que, en vez de leves pequeñas carabelas,
viene ahora jinete en raudos aeroplanos.

Hay un temblor de rosas en el vergel cercano
y se alza, hecha paloma, la tricolor bandera:
mientras la binibini sonríe desde el llano,
trayendo el blanco arroz de la india sementera.

Como ayer, Filipinas a España se unimisma,
y el Sol de los Felipes es nuestro mismo Sol:
el niño se ha hecho hombre, pero el alma es la misma:
gumamela con sangre de clavel español.

¡Qué espada habrá que borre los senderos floridos,
si el amor tiende puentes en el aire y el mar?
Volar es conquistar los espacios dormidos,
y España tiene alas para poder volar.

¡Aeronautas! En tanto suena la voz del bardo,
descansad en la playa generosa y amiga:
Gallarza, eres el símbolo del ensueño gallardo;
Loriga, ante el peligro siempre serás loriga.

Y, cuando en el perfume del cinamomo envuelto,
oigáis en la guitarra un kundiman de amores,
será como el arrullo a la Madre que ha vuelto,
aquella vieja España de los Conquistadores.

INTRODUCCION

Otra vez en el estadio,
de frente al adverso gladio,
sin más armas que mi acento;
y otra vez vibrará el radio
a esparcirlo por el viento.

En las lides que sostengo,
mis flámulas son discretas:
por eso en las manos tengo
no espadas, sino violetas,
símbolo de mi abolengo.

En toda liza que gano,
se me empurpura la mano
y sufre eclipses el alma:
¿de qué me sirve la palma,
si lleva sangre de hermano?

No envidiéis al trovador,
a pesar de ser divino;
si, en ley de vida y amor
el cantar es su destino,
su destino es su dolor!

Su canto es espejo fiel
de las glorias de la vida,
no siempre plenas de miel:
en cada hoja de laurel
va una lágrima escondida,

Cuando el público indulgente
flores me arroja en la arena,
lloro silenciosamente:
sé que un laurel en mi frente
es una espina en la ajena.

Quisiera ser en la tierra
el giboso caracol
que en su pequeñez se encierra,
viendo en lo alto de la sierra
pontificar al Rey Sol.

Tras de cantar el Olvido,
cuando volví, débil hoja,
a la quietud de mi nido,
todo el campo florecido
se estremeció de congoja.

Las silvestres florecillas
no quieren choque de aceros:
en la noche, de rodillas
pregonan las maravillas
de sus rivales luceros.

La dulzura franciscana
dejó en los campos su huella:
así salta la fontana
llamando al agua su hermana,
y hermano al sol y la estrella.

Poeta: te doy mi mano,
a fuer de indio y de cristiano
que en el pasado se mira:
rompo en mi lira tu lira,
pero, llámame tu hermano.

Y, corra el verso a placer,
el uno del otro en pos:
cantarás a la mujer,
y yo al hombre, el primer sér,
perfecta imagen de Dios

⁂ ⁂

BALMORI

¡Sueño en princesas y en conquistadores,
En tanto loca y temblorosamente,
El viento agita las plumas de colores
Que coronan mi frente!

Soy un poeta indio, pero pasa
Por mis venas el oro de la Historia!
Un día salió España de su casa
¡Y me inyectó su sangre de la gloria!

Venía en una nao que en pedazos
Quedó después deshecha en las arenas,
Y las pulseras que puso en mis brazos,
Yo las creí cadenas.

Pero alfombré con mis rosas su paso,
Y aunque alguna espina hiriera sus piés,
Mezclamos nuestras sangres en un vaso,
Y bebimos después.

Hoy que sueño de amor bajo una palma
A mí vuelven las pasadas escenas:
¡Tengo sangre de España en el alma!
¡Tengo sangre de España en las venas!

Por eso al escuchar, poeta hermano,
Tu reto, mi pasado en mí concentro,
Y armado de mi verso castellano,
Salgo a tu encuentro.

Defiendo a la mujer, sol que me abate,
Ola de amor que me empuja a esta hazaña;
Pero antes que empecemos el combate,
Permíteme un imploro a Madre España!

Seca el lloro con que tus ojos velas,
Y apaga, Madre, el suspiro que exhalas;
¡Si el hombre te quitó las carabelas,
Dios te dá alas!

Más que el león que ruje tu decoro
Es poderosa la mágica garza
Que van guiando con cintas de oro.
Loriga y Gallarza

Tu inviolada bandera es una estrella
Que ve cumplido su completo anhelo;
¡Era poca la tierra para ella!
¡Ya tiene el cielo!

Y lo mismo que en la noche la luna,
Por la fuente, la flor y el ruiseñor,
Te inclinas desde lo alto, hacia la cuna
Donde duerme tu amor;

¡La gloria escribe en su vasto registro
Tu gesto de divina bizarría,
Y un poeta, por tí pulsa su sistro.
Y canta, reina mía!

Creación

El mundo estaba hecho. Circulaban los cielos;
universos de luz las estrellas rielaban:
Dios navegaba solo ritmando sus anhelos
en los bajeles fúlgidos que en el azul flotaban.

El Sol, como un flechero cargado de centellas,
disparaba sus dardos ahuyentando negruras,
y era un desfile bello de mundos y de estrellas,
que eran como otros ojos de Dios en las alturas.

Y miró el mar, el mar arcano y formidable,
el monstruo que roncaba en plenitud de gloria;
el mar de crespas olas, de la fauce insaciable,
en que a caer vendrían los pueblos de la historia;

vió cómo dilataba su brazo en las centurias
y cómo se ensanchaban sus pulmones de hiena,
y fabricó el misterio de contener sus furias,
sin ponerle más vallas que una sutil arena.

Un diluvio de aromas henchía los vergeles
y mil rosas se abrían en mitad del camino;
e iban rivalizando jazmines y claveles,
para ver si embriagaban el olfato divino.

El pájaro decía su canción mañanera,
como si arcoirisasen las notas y sonidos;
el bosque era el primer triunfo de Primavera,
y en las ramas colgaban los amorosos nidos.

¿Qué más quería Dios? Orlaban su cabeza
los flecos de los astros; a sus pies, el vergel
completaba el encanto de la Naturaleza.
La Creación era un arpa que cantaba para Él!

Pero estaba muy triste. A la aurora siguiente,
lloró, y su llanto fué el matinal rocío;
y suspiró: ¿qué vale mi gloria omnipotente,
si no hay un corazón que lata como el mío?

Que imite y perfeccione mi obra de eternidades,
que robe los secretos del aire, tierra y mar;
que haga la luz y funde imperios y ciudades,
y en las horas de crisis no vacile en crear.

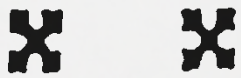
Y, con amor de artista, sacó arcilla menuda
que, al fuego calentada, se hizo carne real,
y entrándose en los poros de su frente desnuda,
le dió el alma de nieve y como Él inmortal.

El hombre es, pues, el sueño de Dios acaríciado,
jardinero que cuida el jardín del Señor;
nació con alma limpia de mancha de pecado
y para él no se hicieron la muerte ni el dolor.

Eva, costilla sola, compañera y amiga,
mujer, frágil de cuerpo y corazón también,
gustó el fruto vedado de la sierpe enemiga
y perdió por los siglos nuestro primer Edén.

¡Oh, corazón de fémina que no supo ser fuerte
a la insidia de un áspid de deseos insanos!
¡Tú creaste el dolor, tú creaste la muerte
y todas las miserias de todos los humano

Por tí, todos tus hijos lloran un mal sin nombre,
por tí, todos los hombres son hijos del error;
¡Qué sería hoy el mundo, si el mismo Dios, hecho hombre,
no hubiera redimido tu herencia de dolor!



BALMORI

Lleno era el paraíso de encantos siderales,
Pétalos de rosales, plumas de pavos reales,
Alas de ruiseñores, fontanas de color,
Pero entre tanta indómita y serena belleza
Dios se sentía lleno de infinita tristeza,
Porque faltaba amor.

Y entonces, más hermosa que los pavos reales
Y las varas de rosas que henchían los rosales
Y el sol, que comenzaba en el espacio a arder,
Del pecho del varón hondamente dormido,
Surgió como el gemido tembloroso de un nido
¡La primera mujer!

¡Por tí, mujer primera, que por primera eres
El divino crisol de todas las mujeres,
Por tí, que eres amor, y eres vida y alcor,
Nada importa morir en la lucha empeñada,
Si me envuelve al caer, cual bandera aromada,
Tu mirada de amor!

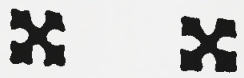
¡Pero no moriré! Mi acero constelado
La frente cruzará del caballero osado
Que discute la gloria de tu altivo pavés!
Y si caigo a los golpes de la espada homicida,
Cuando escape mi vida, será una flor mi herida
Que aromará tus pies!

¿A qué honor yo podría aspirar en la vida
Sino a luchar por tí, con el alma encendida
En el fuego sagrado de tu boca rubí?
Serás mi Dulcinea del combate divino,
Y aún deshecho por todas las aspas del molino,
¡Suspiraré por tí!

De nuevo la serpiente de la manzana de oro
Entre alas y entre flores atenta a tu desdoro;
Pero esto no destruye tu glorioso avatar;
¡El mismo angel que un día te echó del Paraíso,
Hoy ante tí postrado, derrotado, sumiso,
Te adora en un altar!

¡Tú eres la triunfadora! A tus pies está el arte,
Y el casco de Mercurio y la espada de Marte,
Y el cuerpo ensangrentado del divino Rabí,
Toda la tierra gira bajo tus pies divinos
Y son todos los cielos los únicos caminos
Que conducen a ti!

Poeta: mientras duerme mi princesa, yo velo.
¡Soy el dragón alado que custodia su suelo!
¡Soy la llama que alumbra su perpetua ilusión!
¡Si a ella intentas llegar por quebrantar su encanto,
Antes que ella derrame una gota de llanto,
Tendrás que hacer pedazos mi ardiente corazón!



BERNABÉ

Amor

Era un galán donairoso,
bien criado, dadivoso,
nacido más para esposo
que para cortejador;
y era una dalaga bella,
de ojos, envidia de estrella,
hermosísima doncella,
que suspiraba de amor.

—Muchacha—dijo el galán,
no pongas linde a mi afán,
porque es mi pecho un volcán
y mi amor es mi dolor;
si eres hermosa cual buena,
ve a suspender tu faena,
y oye de un alma que pena
la triste trova de amor.

—Allá en el campo, en la hacienda,
he levantado una tienda
donde mi pasión te ofrenda
un cobijo protector;
y en los ábregos de octubre,
te dará leche la ubre,
mientras, soñando, te cubre
con su ala, un ángel de amor.

Potro de lustrosa piel,
o perro veloz y fiel
te traerá frutos y miel
sabrosa y de grato olor;
y, rodeada de cuidos,
iremos a coger nidos,
y embriagarás mis sentidos
con un elixir de amor.

—Calla, doncel, no me tientes,
¿quién me dirá que no mientes
diciendo lo que no sientes
para engañarme mejor?

Oye, mi buen caballero,
si es más dura que el acero
tu dulce constancia, quiero
poner a prueba tu amor.

Ha mucho tiempo, escondida,
guardo en el pecho una herida
que dará muerte a la vida,
cómo un ladrón y un traidor;
y no fué que en tal dolencia
pidiera a sabios clemencia:
¿qué puede la humana ciencia
para una enferma de amor?

En la Sierra del Demente,
hay una secreta fuente
cuya linfa transparente
es remedio a mi dolor.
Monta en tu corcel violento
y, más ligero que el viento,
tráeme el agua al momento,
que estoy cuitando de amor!

—Según rumores aciagos,
turbas de duendes y endriagos
amenazan a los vagos
que pasan alrededor;
mas, si mal aventurero,
temes ir por el sendero,
no te vayas, caballero:
déjame morir de amor!

—Doncella; no hagas ultraje;
por tu encanto y mi coraje,
por la fe de mi linaje,
iré en busca del licor.
No importan rayos ni enojos,
ni duendes, brujas ni abrojos:
¡Que Dios me cierre los ojos
en un éxtasis de amor!

El doncel ya está en la sierra;
nada le aturde ni aterra
en el aire ni en la tierra,
que es diestro guerreador,

—Joven, ¿y si hallas la muerte?
—No me amedrenta mi suerte.
—Joven, que vas a perderte.
—No importa. Me lleva Amor.

Y sacó agua de la fuente,
y, precipitadamente,
con el filtro transparente
volvía el buen amador,
cuando, al retener la brida
del potro, oyó de seguida:
"Vas a pagar con la vida
esa insensatez de amor".

Y el azul obscurecieron
nubes de avispas que hirieron
y atacaron y tundieron
al osado luchador.
Todo lo perdió el cristiano:
belleza, vigor lozano;
¡pero quedaba en su mano
el dulce elíxir de amor!

Y entre risas y entre cantos,
fué a la niña de los llantos
y le dijo:—Tus quebrantos
habrán fin con mi licor.
Feo me ve el sol del día,
porque allá en la serranía
me robaron la ufanía,
mas traigo el agua de amor!

—No prosigas, caballero;
si perdiste en el sendero
todo el encanto que quiero,
¿de qué me sirve el licor?
Esta noche me desposo
con un galán más hermoso;
ya no puedes ser mi esposo.
¡Otro es dueño de mi amor!

El doncel lloró de pena,
sollozando en su condena
que el creer a una sirena
es el engaño mayor;

y se cumplió de seguida
aquella voz maldecida:
"Vas a pagar con la vida
esa insensatez de amor".

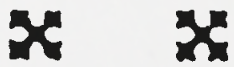
Señores: espejo fiel
de otras vidas es mi historia:
¡Cuántos como este doncel
lloran un amor infiel
sepultado en su memoria!

Amamos con tal pasión,
amamos con tal verdad,
que damos el corazón;
pero, al final, la ilusión
se quema en la falsedad.

La triste historia de Eva
tentando a Adán, se renueva:
desde la cuna del niño,
cada mujer pone a prueba
la fe de nuestro cariño.

También fabricó la espina
cuando Dios hizo la rosa:
ya dijo la golondrina:
guardáos de toda hermosa
que mira, ríe y fascina.

Pero, el delito mayor
en estos lances de amor,
no es caer ni fracasar:
es, sobre la hez del dolor,
no saber escarmentar.



BALMORI

Mujer: Ara iluminada
A quien se rinde sumiso
Todo cuanto el mundo abarca,
Desde la bestia a la flor;
¡Eres Eva, desterrada
Del celeste paraíso
Por haber abierto el arca
De la vida y el amor!

¡Eres Ruth, la seductora
Espigadora doliente!
Las flores son tus amigas
Y son las fuentes tu encanto,
Cuando fulgura la aurora
Yo te veo dulcemente
Perfumando las espigas
Con las gotas de tu llanto!

¡Eres Michol, la princesa
Del poeta enamorada,
Salvadora de David,
Heredera de Saul!

¡La historia dorada besa
Tu ejecutoria adorada
Que es como zumo de vid,
Y es como paloma azul!

¡Eres Judith, flor de cielos
Ardiente como un delirio,
Toda envuelta en la coraza
De tu invicta bizarría,
Arrastrando por los suelos
La cabeza del Asirio,
Para salvar a tu raza
De la extraña tiranía!

¡Eres Semíramis, ser
Del más celeste misterio;
Sustentada por palomas,
Recogida por pastores!
¡No hay en el mundo mujer
Que haya soñado tu imperio,
Y aún las Grecias y las Romas,
Te alzan sus tirsos de flores!

¡Eres la mujer gloriosa
Entre todas las mujeres,
Y el mundo en tí tiene fijos
Los vuelos de su quimera!
Porque eres Cornelia, Diosa
Madre de los Gracos, y eres
La mujer que dá sus hijos
Porque la Patria no muera!

¡Eres Pompea Plotina,
La santa, la envuelta en lloro,
Que riega la flor del llano
Como rocio sereno,
Cuando marchas peregrina
Conduciendo en urna de oro,
Al Emperador Trajano
Después de muerto en tu seno!

Eres Nipatia, la esencia,
De Alejandría encantada,
En sus cátedras famosas
Y en sus aulas de cultura;

Primer mártir de la ciencia
Que caiste ensangrentada,
Al deshojarse las rosas
De tu hechicera hermosura!

¡Y Gala Placidia eres,
La princesa prisionera
Como la pluma ondulante
De tu aromado abanico,
A quien brindando placeres
De enamorada quimera,
Se rinde, humilde y galante,
La grandeza de Alarico!

¡Y Juana de Arco, blasón,
Glorioso como ninguno,
Que por la Francia altanera
Como guerrera luchaste,
Sin poder tu corazón
Consentir en modo alguno
Que perdiera la Baviera
El reino que tú salvaste!

¡Y eres Isabel, que dá
Su último aurino doblón
Al argonauta sereno
Que en ilusión se deshace!
España, que presta vá
En las naves de Colón
Para arrullar en su seno
Al nuevo mundo que nace!

Eres Aixa, la gentil,
La que no te amilanaste,
La que llenaste tu ser,
De bizarría indomada!
La madre del Rey Boabdil,
Que por Granada luchaste,
Mientras él fué una mujer
Que lloraba por Granada!

¡Y Teresa de Jesús,
La divina enamorada,
La que de amor no moría
Porque moría de amor!

Carne celeste de luz,
Por el amor no ultrajada,
Estrella de la poesía,
Golondrina del dolor!

¡Y Agustina de Aragón,
La del más alto renombre,
La de la más alta hazaña,
La que un dos de mayo fiero,
Cuando a los pies del cañón,
No quedaba un solo hombre,
Salvó a la gloriosa España
Del yugo del extranjero!

¡Y Victoria Eugenia, flor
De nieve y de oro y de rosa,
Divino cuento de un hada
Que en el corazón florece!
¡Blanca paloma de amor
Que aletea temblorosa
Sobre el pomo de la espada
Del bizarro Alfonso XIII!

¡Y eres, María! ¡A tus plantas,
Se dobla humilde la rosa!
¡En tu gloria el angel fijo,
La luz hace florecer!
¡Todo lo enciendes y encantas,
Madre sublime y hermosa,
De quien Dios quiso ser hijo,
Por ser hijo de mujer!

Querer medir el adelanto humano
y el vuelo de la ciencia aprisionar,
es coger en la cuenca de la mano
la inmensidad del mar;

Es encerrar los soles de la altura,
marchar de un numen infinito en pos:
¿cómo juzgar al hombre, que es hechura
del gran poder de Dios?

Crece el árbol al pie de la montaña
y lo tala afanoso leñador;
y es arado y horcón de la cabaña,
o tálamo de amor;

Es nave que los mares atraviesa,
cuna y pontón, universal sostén;
o es ataud que llevará a la huesa
nuestra marchita sien.

Roba del mar la perla primorosa,
siega en el campo la madura mies,
para nutrir a la hija y a la esposa
y adornarlas después.

Hundido en solitaria buhardilla
quema las cejas en perenne afán;
y es Cristo convirtiendo la semilla
en agua, vino o pan.

Si a Eva tentó la sierpe, a Adán le asedia
un ansia inextinguible de saber;
y aquí veréis el mal o bien que media
de un hombre a una mujer.

¿Qué fuera esta Pacífica hechicera,
perla caída del malayo azur,
si Magallhaes no clava su bandera
en la ínsula del sur?

Pueblos gigantes que en sus blancas manos
váis portando la luz de un Ideal;
la Roma de los Césares paganos
y la Grecia inmortal;

Maravillas de todas las edades,
hitos de nuestra civilización;
libros que duraréis eternidades,
obra sóis de varón!

España del clavel, Francia divina,
capitales del arte y del saber;
sóis la dura energía masculina,
con gracia de mujer!

Alerta a los descensos y a los vuelos,
águila señorial o raudo pez,
surcará el mar o escalará los cielos,
para crear otra vez.

Ha de mover la pluma y el arado,
fundar gobiernos, promulgar la ley;
será poeta, mártir o soldado,
vasallo, noble o rey;

Siempre en la vida el pensamiento enhiesto,
siempre la sien mojada de sudor,
el Trabajo le espera. ¡Ese es su puesto;
y no hay otro mejor!

Mañana, cuando anuncien los clarines
el rayo vengador de Jehová;
cuando el sol languidezca en los confines,
para no brillar ya;

Cuando las olas cubran nuestros suelos
e invadan el planeta que se va,
el hombre justo invocará a los cielos,
y Dios se aplacará.

Dios, que fabrica el rayo y forja el trueno,
no querrá el universo aniquilar,
mientras haya en la tierra un hombre bueno,
y sepa trabajar.

BALMORI

Juglar: En esta lucha lírica y peregrina
En que estallan tus versos como enormes zafiros,
Pues yo trovo la rosa y tú cantas la espina,
¡Para tí los aplausos, para mí los suspiros!

¡La mujer es al Arte lo que el sol es al dia;
Sin mujer no se puede el Arte comprender;
Y tú mismo has libado tu mágica poesía,
En el seno amoroso de una santa mujer!

No hay músico, ni orfebre, ni pintor, ni poeta,
Que a su encantado hechizo, esclavo, no responda;
Es la lira, el cincel, el sistro y la paleta;
¡En Murillo es María, en Leonardo es Gioconda!

¡En Benvenuto es Venus, en el Dante es Beatriz,
Y por lo bello y noble que su espíritu encierra,
Es el surco, el crisol, y el yunque y la matriz
De todo lo más grande y hermoso de la tierra!

En la mansión fastuosa es ídolo que encanta
Y ciclón perfumado que a vivir nos empuja;
En el hogar humilde es el ave que canta
Mientras sangran sus alas heridas por la aguja!

¡Es el recuerdo santo de la canción de cuna,
Nuestro primer ensueño, nuestra primera flor;
Es la novia que aguarda en las noches de luna
Con el pecho poblado de suspiros de amor!

Es campana sonora que a la oración nos llama,
Es la pluma del águila que redacta la Historia,
¡La trompeta de plata y de oro de la Fama,
La palma, y el laurel, y el mirto de la Gloria!

¡Los soles han besado su calcañar de rosa,
Como besó Quijano los pies de Dulcinea;
En el Olimpo, plena de majestad suntuosa,
¡Es Diana, y es Minerva, y es Phalas Atenea!

El mismo Dios, artista creador del Universo,
Cuando aromó la flor y empezó el astro a arder
Y rompió el vuelo el águila y escaló el cielo el verso,
¡Hizo polvo una estrella y formó a la mujer!

Por ella nos deslumbran las luces del comcta,
Cancionan las alondras y perfuman las flores,
¡Por ella te suspira tu Musa de poeta
Que te postres de hinojos y en silencio la adores!

Artista del pensar, del decir y el saber,
Lo creas realidad o lo creas mentira,
¡El arte está en la linea que forma a la mujer
Y no en la tensa cuerda de tu broncínea lira!

Newton y Keplero, altos reveladores
De la mecánica celeste;
Fulton y Papin, sabios dominadores
Del gas y del vapor;
¡Pigmeos sois tan solo al pié de la doncella
Que hila la blanca veste
Con que ha de recubrir su carne pura y bella
En la hora del amor!

¡Franklin y Daguerre, árbitros soberanos
De la luz y la tempestad;
Volta y Galvany, príncipes superhumanos
Del eléctrico fluído;
Vuestra ciencia preclara en absoluto ignora
La divina verdad,
Si ignora a la mujer, cuando en silencio llora
En el vacío nido!

¡Edison y Roentgen, la palabra apresando
En alambre sutil
Y con rayos los cuerpos opacos penetrando
En término triunfal,

Son unos pobres diablos sin gloria y sin fortuna,
Cabe el hogar gentil
En que una mujer vela inclinada a una cuna
De un niño que sonrie el sueño angelical!

Hermano de los hombres: A mi humilde entender
Y a mi pobre pensar,
¡La llave de la ciencia la guarda la mujer
En pleno corazón!
Hubo un dia, en un trono, un sabio entre los sabios,
Que al aprender a amar,
¡Su saber enterró en la miel de unos labios!
¡Se llamó Salomón!

La ciencia de los hombres culmina en la metralla
Que por una ambición,
Sirve luego en los campos horrendos de batalla
Para todo extinguir,
¡En tanto las mujeres siguen acariciando
Sobre su corazón
A los hombres futuros que en mañana nefando,
Volverán a morir!

¡A donde no llegaron los pájaros de acero
Con sus alas triunfales,
Ni el rayo con que siembra el moderno guerrero
Tremenda destrucción,
Llega el grito de amor con que la virgen gime
Sus ensueños nupciales,
Cuando por vez primera en sus labios se imprime
Un beso de pasión!

¡La mujer es la esencia de toda ciencia, vate!
Esto es viejo y manido,
Esto en todas las frentes como un axioma late
Y vibra en la conciencia.
¡Ella fué la que en aras de su gentil decoro,
En virginal descuido,
Entregó al primer hombre la manzana de oro
Del árbol de la ciencia!

✠ ✠

BERNABÉ

Podréis negar la fuerza genitora
que va moviendo el mundo,
el salmo de la luz que se elabora,
la llama creadora
en el polen fecundo;
podréis negar al cíclope oceano
la energía infinita de sí mismo;
mas no negar al corazón humano
la fe y el patriotismo.

Hombre soy con la piel del adanida,
y debo el cuerpo, el alma y la fortuna
al Dios inmenso que creó mi vida,
y a la patria inmortal que fué mi cuna.

El hombre, de su ardor en los excesos,
baja a la tumba con los dos amores:
si trituráis el polvo de sus huesos,
aun radiarán patriales resplandores!

Allá en Judea, el divinal cordero
bajó a la tierra convertido en hombre:
era el hijo de un viejo carpintero
y de Miriam: Jesús era su nombre.

Su frente, abierta como un gran tesoro,
era el libro de la Sabiduría;
sus ojos eran luz en bodas de oro,
y su boca un panal de poesía.
Y su madre, María,
la bendita entre todas las mujeres,
se sentía morir en su alegría,
acaso por no ver que en breve día,
para salvar a los humanos seres,
aquel cuerpo minúsculo de lirio
clavado moriría
en la cruz del dolor y del martirio.

Jesús fué bueno como el pan; fué santo,
supo enjugar el llanto
de los pecados y remordimientos;
amó a los niños en sus sufrimientos,
predicó sus parábolas-sermones,

acrisoló en el bien los corazones,
y en medio de la hez de un pueblo suelto
de sucios mercaderes y judíos,
caminó sin mancharse, siempre esbelto,
como brillante en légamo revuelto
de turbulentos ríos.

Y aunque era pobre, enjuto, flaco y triste,
amor a sus señales no resiste,
porque melificaba sus quereres;
y el Evangelio dice que no existe
amor igual al de las dos mujeres,
fuente de claras aguas de poesía,
que el corazón del Nazareno llena:
la entre todas santísima: María;
la entre todas hermosa: Magdalena.

Cuando subió a la cruz, de que pendía
la esperanza del orbe tristibundo,
se cumplió la celeste profecía
de que otro hombre salvaría al mundo.

La flor del Paraíso que en un día
por culpa de mujer se viera ajada,
sólo a sus áureas galas tornaría
con sangre pura de varón regada.

Cuando la tierra en la impiedad se encharca,
y el mal y el dolo viven en connubio,
Jehová sus brazos sobre el hombre enarca:
Noé fué quien labró el arca
que salvó a nuestra especie en el Diluvio.

Y un día, entre los siglos, si la tierra
cae de nuevo y yerra
por culpa femenina,
otro hombre surgirá de entre la llama
a morir en la cruz gloriosa y bella:
en tanto la mujer, que gime y ama,
sólo llegará al pie, llorando en élla.

Y ahora oid el cuento legendario
de otro mortal, a quien al cielo plugo
deparar en la vida otro calvario

para romper de su país el yugo,
dando muerte al morir a su verdugo.

Allá en Calamba, en blanco plenilunio,
bajo el ardor de Junio,
nació de madre dolorida el hombre:
sobre su cuna un hada de infortunio
batió el ala: Rizal era su nombre.

Aun desde la niñez, la vestidura
de su alma era tan blanca como el lino;
probó la hiel de toda desventura,
pero, a modo del árbol del camino
que no abate el ciclón, su alma pura
humilló las fierezas del Destino.
Dios presta el fuego sacro al filipino
a quién España da su alta locura.

El fuego de su ideal era a manera
de un horno crematorio
que disipaba en llamarada austera
el orgullo irrisorio,

la hinchada vanidad cascabelera,
la grisácea ambición, el fraude innoble,
que fué a tentar su corazón de roble.

La envidia le hincó el diente,
pero, entre aquella ciénaga envolvente
desde arriba hasta abajo,
supo emerger inmaculadamente,
en la oruga de luz de su trabajo;
y una triste mañana,
ante el altar de la nativa gente,
su sangre derramó, que fué la grana
del sol de libertad en el oriente.

Llenas están las islas de su gloria
y lleno el Universo de su nombre:
y por siglos de siglos aun la Historia
clarineará en el mundo:—Este es el hombre.

Siempre que ruede el carro de la guerra
a abatir en el polvo a los tiranos,
siempre que extraño pie huelle mi tierra,
han de surgir los buenos ciudadanos.

Con armas y sin armas, siempre fijos
en disciplinas que la patria acopia,
en el espacio azul nunca sus hijos
izarán más bandera que la propia.

Y si el mandón, cual lobo sanguinario,
no reconoce diques a su espada,
la bandera les sirve de sudario,
sucumbiendo en su propia barricada.

Cuando el Noventa y Seis, el pueblo ilota
de la revolución urdía el rito,
fué un Andrés Bonifacio, otro patriota,
quien dió en Balintawak el primer grito.

Y fueron hombres solos que lucharon
por la patria ciñéndose los bolos,
patriotas que, cayendo, levantaron
la república santa de Malolos.

Y hoy son hombres también, de verbo grave.
los que, de Libertad en santo empeño,
van empujando la Sagrada Nave
hacia la costa blanca de su Ensueño.

¡Patria! cuando son santas nuestras iras,
van hacia tí las vidas y los nombres:
y si ya no arden las humanas piras,
es que ya se habrán roto nuestras liras
y sucumbido habrán todos los hombres!

... Y la esposa, la amada del soldado!
Cuando ya desangrado,
a su dolor sucumba,
ella, con negra toca y paso fino
colocará una flor sobre la tumba
y seguirá después en su camino!

✕ ✕

BALMORI

¡Santos son el de Aquino, baluarte soberano
De las letras, y el prócer capitan de Loyola.
Santos son de Guzmán, y el divino africano
Agustin, de la iglesia fulgurante aureola!

¡Santo el señor Santiago en su blanco corcel,
Con la tajante espada defendiendo a sus gentes;
Santo el humilde y puro de Asis, ideal doncel
Hermano de los ángeles, los lobos y las fuentes!

¡Pero entre tantos Santos del Santoral terreno
Más santa que ninguno y más desconocida,
En altares de espinas sin luz y sin renombre,
Es cualquiera mujer en cuyo virgen seno
El amor se hace angustia, la angustia se hace vida,
Y la vida se torna en el hijo del hombre!

Debo deciros, vate, que entre abrojos o flores,
Desde la hija del rey a la hija del pastor,
¡No hay mujer que no sea una mártir de amores,
Ni hay mujer que no sea heroína de dolor!

Puede el hombre ser santo a fuerza de quebrantos
Con humildad sufridos en su alma y en su ser,
Pero si es el dolor el molde de los Santos,
No hay bastantes altares para cada mujer!

La santidad está en el dormido canto
De cuna. En el bregar de sus árduos deberes,
En su seno de madre, en sus labios de esposa,
Y está en los silenciosos largos hilos de llanto
Con que tejen, a diario, millones de mujeres
La tela de su vida humilde y dolorosa!

Santos son el de Padua, con sus panes celestes,
Y el Ferrer arcangélico, y los Luises de Francia,
Santos, Roque arrastrando sus haraposas vestes
Y Fernando cubierto de fulgente arrogancia.

Santo es Pedro, el pontífice de las llaves de oro,
Principe de la Iglesia, capitán de Jesús,
Y Lucas, el del lírico Evangelio sonoro,
Y Pablo el eremita, y San Juan de la Cruz.

¡Pero mucho más santo es el blanco rosal
Que florece en los muros de cualquier hospital
A los pies de la cama del hombre solitario.
Y aquella que perdida en campos de batalla,
Por salvar a los hombres cae entre la metralla,
Sin más cruz de su gloria que la cruz de un rosario!

BERNABÉ

El hombre es la ilusión de Dios primera
cuando buscaba al Rey de lo creado;
la mujer es su sola compañera,
brotada, con dolor, de su costado.

La mujer es la rosa del sendero
que aroma las tristezas de la vida;
el hombre es el celoso jardinero
que con la sangre de su amor la cuida.

La mujer es la estrella refulgente
que alumbra cielo arriba y mundo abajo;
el hombre, en su humildad, ciñe en su frente
el cetro de sudores del trabajo.

En las adversidades de la suerte,
el llanto es el recurso de una bella;
el hombre en el dolor se hace más fuerte
y ama la cruz por defender a élla.

La mujer es la luna bendecida,
el hombre el sol encima de la sierra;
la luna es el adorno de la vida,
pero el sol es la vida de la tierra.

La mujer es paloma cenicienta,
el hombre, león—¡diversidad sublime!
La paloma es el nido que calienta;
el león es la lucha que redime.

La mujer es el corazón, la entraña;
el hombre es la cabeza que urde el verso;
¡el corazón a veces nos engaña!
¡la cabeza equilibra el Universo!

Ser mujer es ser ángel de la casa,
ser vaso de virtud y de ternura,
ser manantial de la piedad sin tasa
y miel que dulcifica la amargura;

Ser arco-iris de paz y de bonanza,
reina de amor como Isabel de Hungría,
Julieta que se muere en la esperanza,
tabla de salvación, como María.

Ser hombre es padecer desde la cuna,
bogar en el bajel de una quimera,
es lidiar con el hado y la fortuna
para el hogar futuro que le espera;

Es sacudir el brazo en los talleres
y sudar en la clásica vendimia,
es definir la esencia de los seres
rompiendo los secretos de la alquimia;

Ser Guttemberg, cuya invención pregona
la inmensidad del porvenir rotundo;
y Franklin que los rayos aprisiona
para mover é iluminar el mundo;

Ser Colón que descubre tierra nueva
dormida entre los mares de Occidente;
y Francisco Javier que el credo lleva
a las tierras sin Dios del Sol Naciente;

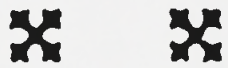
Es ceñirse el cordel maravilloso
de Francisco de Asís, el santo leve;
es besar las heridas del leproso
cual si la herida fuera flor de nieve;

Es conquistar las cimas y los cielos,
conduciendo fantásticas cuadrigas;
es, venciendo a la muerte, alzar los vuelos
como Estévez, Gallarzas y Lorigas.

Y luego de cumplido el ideario
con que los hombres su piedad ensayan,
morir, como Jesús en el Calvario,
o a modo de Rizal en Bagumbayan.

Mientras el hombre en la conquista eterna
sueña en ser otro Dios en gloria y nombre,
¡todo el ideal de la mujer moderna
es poder compararse con el hombre!
. . . . . .

Y, adios. Tal que caballero,
igual que estos capitanes,
vengo a ofrendar mis afanes
a la mujer que más quiero.
¡Ay que el destino severo
cumple esta verdad inmensa!
el hombre batalla y piensa
con la sangre de su sér,
para que, al fin, la mujer
se lleve la recompensa.



BALMORI

En la vida que corre, torrente alborotada
Arrastrando a los hombres por su cauce ignorado
Hacia tantas memorias,
Mujer, seas quien seas,
¡Tú eres la sembradora de todas las ideas,
Y eres la espigadora de todas nuestras glorias!

Si eres Maria Clara
Caen los falsos idolos a los pies de tu ara,
Y en la manigua autóctona que ruje lastimera,
¡Mang Andres Bonifacio,
Más radiante que el sol que ilumina el espacio,
Enciende con su sangre el sol de la bandera!

Si eres Celia, el limbás
De la poesía indígena, Francisco Balagtás,
Te rinde de rodillas su corazón amante.
Y cabe el fiel Beata por do tu pié resbala
Por tí nace entre nipas la poesía tagala,
En el dulce lamento del divino Florante!

¡Si eres la vieja Sora,
Brindando cuanto tienes, eres por ver la aurora
Banderín de combate y áureo clarín sonoro.
Y una vez tu misión por la Patria cumplida,
Mueres entre las cañas de tu choza derruída
Mientras el sol te envuelve en llamaradas de oro!

Si eres la humilde obrera,
Tu trabajo es el alma de la Fábrica entera,
Y en el taller de esteras o bordados prolijos,
Ciegos quedan tus ojos y tus gracias tronchadas,
¡Por llevar a tu choza con las manos hinchadas
El arroz de tus hijos!

¡Si moras en palacios, eres la caridad!
¡Cuando amas, eres vida, cielo, felicidad!
¡Y en plena excelsitud,
Tus brazos son las alas con que se sube al cielo
De todas las quimeras y de todo consuelo
Y de toda virtud!

¡Poeta, estoy herido, ¡pero no por tu espada!
¡Mi herida es del amor de una mujer amada,
Herida que no mata, que no causa dolor!
¡Por ella arrojo a tierra mi fulgurante acero,
Y te estrecho las manos! Oyeme, compañero:
¡La mujer es la vida! ¡Y la vida es amor!

¡La mujer es el angel que de niños nos guía,
Y de hombres nos levanta el alma a la poesía!
¡Y es la sombra invisible que restaña hechicera
Las lágrimas, la sangre y el lodo y el veneno,
Cuando madre, en el santo refugio de su seno,
Cuando Patria, en la gloria de su santa bandera!

Capitanes hispanos: En aras de la hazaña
Inmortal, cuya gloria os cubre de renombre
Decidme, pues sois hombres de los más altos trazos;
¿No venis en el nombre de una madre, de España,
Para entre vuestras alas estrechar en su nombre
A la hija que de hinojos os recibe en sus brazos?

Si esto es asi y no hay cosa que en el mundo no rija
El amor, ¡venga este amor de las Españas
O lo bese mi Patria en su futura historia,
Bendita sea la madre, bendita sea la hija,
Y todas las mujeres que rasgan sus entrañas
Para cubrir al hombre de poesía y de gloria!

× ×

La Ilusion

(JESÚS BALMORI)

El Desengaño

(MANUEL BERNABÉ)

Balagtasan

(JUSTA POÉTICA)

BALMORI

Proemio

¡Yo he golpeado mis alas contra todos los cielos,
he perdido mis vuelos por cielos de pasión;
Frente al amor mis ojos, contra el dolor mis vuelos,
¡En un polvo de estrellas sepultado el talón!

Me acribillaron ansias de todos los amores,
Ante la dulce novia del dormido jardín,
Mi pecho se llenó de un aliento de flores,
Mi sangre borboteó, olorosa a jazmín;

Y al cruzar por la Vida que repicaba a engaño,
Dentro de mi bohemio, soñador corazón,
¡Nunca hubo un desengaño!
¡Siempre hubo una ilusión!

Ante mí se gibaron las quimeras gloriosas
En el camino largo y sideral;
Pero mis manos sólo recogieron las rosas;
Las espinas quedaron coronando el rosal!

Y dueño ya y señor de la quimera,
Teniendo de su esencia absoluto control,
Mi alma se dió a los vientos igual que una bandera
Sonrosada de luna y dorada de sol.

Poeta: Nuestra vida es vara de ilusiones
En la que el alma apoya su cansancio inmortal.
¡A la ilusión se rinden todos los corazones!
¡A la ilusión se entregan el amor y el ideal!

Cuando cae el espíritu triste y desengañado,
Cuando gime dolido el pobre corazón,
¡Basta que una mujer pase por nuestro lado,
Para que en nuestras vidas sonría la ilusión!

¡La ilusión es mujer! Es como una princesa
Que nos sale al encuentro con los brazos en cruz.
¡Desgraciada la vida que su boca no besa!
¡Desgraciados los ojos que no ciega su luz!

Si esta noche me hieres con tu espada de oro,
Cuando caigan las rosas que hay en mi corazón,
Moriré suspirando, sonriente y sonoro:
¡Ilusión! ¡Ilusión!

× ×

BERNABÉ

El desengaño del Lobo

Rubén Darío, Padre de la Armonía,
cuyo verso encantaba a la Noche y al Día,
que desde la dormida ciudad de Nicaragua
veía arder el sol y borbollar el agua,
Padre de la siringa, que llora el Universo,
porque Dios, al llamarle, quitó una ala al verso,
habla de un lobo fiero, del lobo de la Gubia,
impasible a las fieras,
impasible a la lluvia,
terror de madrigueras,
que un día conversó con el buen San Francisco,
el que somormujaba plegarias en las calles,
llamando hermano al suave cordero del aprisco,
a la estrella del cielo y a la flor de los valles.

Y el Santo habló más dulce que abeja:—Ven conmigo;
yo te daré la carne y te daré el abrigo:
tendrás flores y mieles en dadivosa mano,
y el hombre que encontrares te va a nombrar hermano.

Nuestro Señor tus ansias de furores mitiga
y a caridad te mueve en celestial arrobo:
El que orea la flor y defiende la hormiga,
no permite que el lobo mate al lobo.—

El animal que oía
la plática de amor y de sabiduría,
movió la cola al sol y con paso muy lento
se fué a la tierra baja y entróse en un convento.

Cuatro meses vivió el dócil animal
entre los hierros duros del rincón conventual,
y, bajo los condumios y su melancolía,
cultivó poco a poco una filosofía
muy humana y muy fuerte: hasta que un día
despareció saltando los muros del jardín,
con los pelos en púa como de puerco espín.

Volvió a la selva negra, aullando de furor,
para cazar hermanos y desgarrar la flor,
tornando a ser lo que en la vida ha sido:
el diente más rabioso del lobo más temido.

Y cuando San Francisco le descubrió en la selva,
el animal gruñó:—Hermano, no se vuelva
ni venga a predicar en mi rebaño:
la ciudad me hizo daño
y mi lección es llave de escarmiento:
el hombre del taller, del hogar y el convento.
ha sido un desengaño.
Padres e hijos porfían por un cacho de hacienda;
el oro vil le obsede; trafica con la hermana:
no hay alma que no compren ni alma que no se venda:
el hombre es la vergüenza de la familia humana.

Vivid los hombres solos en palacios de oriente,
que nosotros amamos las hoscas madrigueras:
los lobos serán malos, más no hipócritamente:
el hombre es el salvaje más fiero de las fieras.—

Desde entonces el lobo mostróse el hombre huraño,
y ahora, ni Dios podría curar su desengaño.

. . . . . .

¡Desengaño! La costra del pecho lacerado,
flor de luz que del cielo hasta la tierra vino:

si Ilusión es la niña que pasa a nuestro lado,
Desengaño es la madre que nos fija el camino.

¿Qué sería la tierra con sus fecundas galas
mientras la ilusión sola su corazón taladre?
Fuera un bajel sin rumbo, un pájaro sin alas,
un niño abandonado porque no tiene madre.

Nace la flor envuelta en sol de poesía
haciendo de su pompa sensacional alarde:
¡Pobre ilusión que muere con el morir del día,
y apenas es ceniza al declinar la tarde!

Sueño de glorias vanas entrevisto en un cuento
florecido de hadas que abren tenaz herida:
¡Ilusión es la espuma de jabón en el viento!
¡Desengaño es el sabio dolor de nuestra Vida!

Sueña, sueña en ser grande. Yo sueño en ser pequeño:
sueña en lauros y en besos para tu propio daño:
Como el lobo del cuento, ya verás que tu ensueño
¡lo va a morder el lobo de un triste desengaño!

BALMORI

Hubo en un tiempo lontano,
Y en una fecha ya extraña,
Cierto caballero ufano
A quien llamaban Quijano
Por los caminos de España.

Caballero aventurero,
Todo lanza y corazón,
Con un yelmo por sombrero,
Un zafio por escudero,
Y por Dama, una ilusión.

Las cañas eran tizonas
Que se le rendían presas
En no importara qué zonas,
Y las humildes fregonas,
Enamoradas princesas.

Él vió con ojos divinos,
Velados de encantamiento
Y soñares peregrinos,
Gigantes de los caminos
En los molinos de viento.

Soñó tropas las yeguadas,
Y ejércitos los carneros,
Y caricias las puñadas,
Y palacios las posadas,
Y jardines los senderos.

Y en su febril deambular,
A la realidad extraño,
En su locura simpar,
Nunca se llegó a catar
Las hieles del desengaño.

¡Caballero, caballero,
El de la Triste Figura,
El del yelmo por sombrero,
El del prosaico escudero,
Y el de la errante aventura!

¡Yo envidio tu sinrazón
De quimeras florecida,
Con todo mi corazón;
Porque tú eres la ilusión,
Y la ilusión es la vida!

Tú tienes las alas presas
De los que hacia tí volamos,
Y ansina, cuando nos besas,
¡Se nos figuran princesas
Las mujeres que adoramos!

Por tus sueños diamantinos
Y tus quimeras doradas,
En nuestros tristes destinos
Son Mambrinos los molinos,
Y alcázares las posadas.

Y ante tu visión gloriosa
Y tu empuje abrumador,
¡El alma es la mariposa
Que liba de rosa en rosa
Los néctares del amor!

Tú calmas los padeceres
De nuestras almas inquietas,
Y te llevas, cuando quieres,
Los besos de las mujeres
Y el himno de los poetas.

Bernabé: Oíd la canción
Que clama alegre el rebaño
De la encantada ficción;
¡Don Quijote es la ilusión!
¡Y Sancho es el desengaño!

¡Ambos nos dejan sus huellas
Y pasan cual raudas collas
De las humanas querellas,
¡Quijote, soñando estrellas!
¡Sancho, comiendo cebollas!

¡Abominable yantar
De zafio glotón huraño,
Pues sus pétalos al dar,
La cebolla hace llorar
Lo mismo que el desengaño!

✠ ✠

BERNABÉ

La muerte de Don Quijote

¿Qué tienes, buen Quijano? ¿Por qué lloras?
¿Por qué, a lomos del bravo Rocinante,
miras la eterna sucesión de auroras
en el Levante?

Amparo de doncellas, flor de sabios,
vencedor sin igual en las batallas,
desfacedor de cuitas y de agravios,
dí, ¿por qué callas?

¿No soñaste en princesas y dragones,
molinos y cabreros no venciste?
¿Tú no calzaste espuelas de ilusiones?
¿Por qué estás triste?

Si el mundo es tuyo en tus cien mil locuras
y al blanco Clavileño lo has atado,
¿por qué en la hora del morir, abjuras
de tu pasado?

Dí la razón de tu vital enmienda,
el mal que causan tus extraños trotes;
y el mundo, el mundo sin razón que aprenda
de los Quijotes.—

...Y el buen Quijano, dando voz muy fuerte,
con Sancho y con el cura entre su vera,
me respondió, a dos dedos de la muerte,
de esta manera:

—¡Loado sea Dios, que no me pierdo
en la red de mis tristes aventuras:
si viví loco, he de morirme cuerdo.
¡Adios, locuras!

¡Adios, ventas, molinos de los vientos,
la del Toboso, pertinaz simpleza
que de humo rellenó los aposentos
de mi cabeza!

La ilusión es la luz que apenas arde
y presto se disipa en nuestro daño:
¿Por qué, Dios mío, me mandásteis tarde
el desengaño?

Pues tengo de morir, a Sancho Panza,
espejo de los fieles escuderos,
que en mis hambres y sed me dió pitanza,
doy mis dineros.

Salte a los vientos rota mi quimera,
y, pues del mundo aun el futuro es ancho,
¡muera el Quijote, el desatino muera!
y ¡viva Sancho!

Sancho es el porvenir, bien que nos llama,
Quijote es la ilusión que el alma hiere;
es mariposa que, al tocar la llama,
se ahoga y muere.

No se puede vivir cazando estrellas,
porque el vivir de antaño y el de hogaño,
está tejido con las cosas bellas
del desengaño.

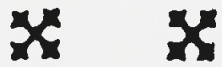
Que yo a los hombres escarmiento sea:
coma la tierra mis funestos brotes;
y se acabe de un soplo la ralea
de los Quijotes"...

Esto diciendo, se aquietó un minuto,
y luego fué doblando la cabeza:
moría flaco, inane, triste, enjuto,
y en la pobreza.

Y así morirás, tú, suspirando querellas,
si vas cazando cisnes con lazos de ilusión:
si disipas las horas hablando con estrellas,
y olvidas que cebollas dan fuerza a la razón.

Morirás encorvado, como la caña triste,
en tanto yo, riendo al mirar tu dislate,
recogeré en un libro la lección que nos diste
y haré de tus despojos bandera de combate.

Los lauros que tú sueñas en noches y mañanas
rodarán en cenizas, espuma del dolor,
en tanto las princesas de las tierras lejánas
me arrullarán el sueño con un canto de amor.



BALMORI

En amor, que es lo mejor
Del lucero, de la flor,
De la fuente, del alcor,
De la dicha, del dolor,
Y del hoy y del ayer,
¡La ilusión es como el vuelo
Divino de nuestro anhelo,
Que nos levanta del suelo,
Para empujarnos al cielo
Del amor de una mujer!

¡Por ella canta el poeta,
Se humilla al polvo el asceta,
Da su aroma la violeta,
Abre el surco la piqueta,
Canta el cisne moribundo,
Y decidido campeón
De sus alas y su són,
Por ella, por la ilusión,
Arranca del mar Colón
La gloria del Nuevo Mundo!

Como no hay jardín sin flores,
Ni mujer sin trovadores,
Ni noche sin ruiseñores,
Ni paleta sin colores,
No hay amor sin ilusión.
Ilusionarse es soñar,
Soñar, empezar a amar,
¡Y amar, el vuelo lanzar
Hasta do pueda llegar
El ave del corazón!

¡Por ella, mientras rutíla
Como celeste pupíla,
La luna suave y tranquíla,
Sanson llora pòr Dalíla,
Con sus pupilas sin luz
Y por ella que encadena
La alegría con la pena
Jesús mira á Magdalena
Como una blanca azucena
Rota á los piés de la Cruz!

¡Por ella los navegantes
Y los guerreros infantes,
Con los aceros triunfantes,
Se abren caminos distantes
Por la vida y por la gloria!
¡Y por ella entre flabeles
De dorados capiteles,
En loor a tales donceles,
En vez de hojas, son laureles
Las páginas de la Historia!

¡Poeta épico y extraño
Cruzado del desengaño!
Desciende de tu alto escaño,
Y díme, para tu daño,
En este ideal contender:
¿No te guió la ilusión
Mucho antes que la pasión,
Mucho más que la razón,
Cuando entró en tu corazón,
La imágen de una mujer?

¿No cantaste su gloriosa
Aparición luminosa,
Y como una mariposa,
Sobre su carne de rosa
Tejiste tu madrigal?
¡Todo eso era ilusión!
!Todo divina canción
A cuyo mágico són
Temblaba tu corazón
Por la ilusión y el ideal!

¿A qué el desengaño cuando
Siguen las aves cantando,
Sigue la mujer amando,
Sigue el lirio perfumando,
Y la Poesía encendida?
Todo ser desengañado
Es como un niño extraviado,
Es como un trapo mojado;
¡Es el pendón derrotado
En la lucha de la vida!

¡El desengaño es traidor
Porque es el engendrador
De todo humano dolor!
Él ve el gusano en la flor,
Él con sus garfios nos hiere,
Y en rápida catarata
Que nuestra angustia dilata,
El hombre á quien él se ata,
¡Por el desengaño, mata!
¡Por el desengaño, muere!

× ×

BERNABÉ

Raymundo Lulio

De austero continente,
de linaje de pro,
el cuerpo bien plantado,
de clásico varon,
al pie de un árbol, vése
un altivo señor,
con la mano en la espada,
tal que un guerreador.
¡Quién viera su apostura,
jurara sin temor,
que no hay noble más noble
que el hidalgo español,
que mira, tierra abajo,
pero, alto el corazón.
Raymundo Lulio es bravo
y fuerte, vive Dios,
el brazo, valeroso,
y entero el corazón.

Pero, ay, que una pena,
cada día mayor,
ha lanzado una nube
sobre su corazón;
igual que un cielo a veces,
en un día de sol,
se apenumbra cruzado
por terco nubarrón.
Él que en lances de juego
a todo lance osó,
él que en campos de guerra
no supo del temor,
ha perdido el contento,
y ha perdido la voz,
y llora, como un niño,
un triste mal de amor.

Es Blanca de Castelo,
blanca y fragante flor,
que en los puros vergeles
de España se crió.
Tiene el rostro tan bello
cual duro el corazón,

que a Dios juró cariño
y ha de cumplir con Dios.
Raymundo rompe en ansias
de buitre y de alcón,
y llegar quiere a élla
para romper su honor.
Amor que tiene veras
va de la dicha en pos,
y arrasa cuanto toca,
con fuerzas de turbión.
¡Que Dios perdonó siempre
los pecados de amor!

Una tarde. Una tarde
en que, muriendo el sol,
las sombras comenzaban
a caer en redor,
Raymundo, caballero
en un bruto veloz,
contemplaba a lo lejos
la agonía del sol
la bandada de pájaros
huyendo en confusión,

y el horizonte tibio,
bañado de arrebol.
De pronto, ante sus ojos
la silueta surgió
de aquélla dama ingrata
que hirió su corazón.
¡Qué hermosa y qué radiante!
Pero, al verle, se huyó,
cual ave perseguida
por gavilán feroz,
y en la iglesia cercana
con una vieja entró.
Raymundo no se pára,
de la mujer en pos,
y picando la espuela
al corcel volador,
penetró de repente
en el templo de Dios.
¡No se ha visto en la tierra
tanta profanación!

La gente de la iglesia
se persigna de horror:
en medio había un túmulo
y un cadáver, y dos

blandones crepitando
entre tanto fervor,
y el coro salmodiaba
la postrera oración.
—¡Blanca!—clamó Raymundo
con penetrante voz:
si ayer fuiste tan dura,
no me lo seas hoy,
y cese en este sitio
para mi tu rigor.
Si a mi ruego eres sorda,
muerte me daré yo,
que morir en tu seno
es la dicha mayor,
dicha entre todas las dichas,
no castigo de Dios.
—¡Desdichada criatura,
mísero corazón!—
gimió élla, temblorosa
de miedo y emoción.
¿Qué encantos entreviste
en mi cuerpo, señor,
que sueñas en mi seno
hallar la muerte atroz?

Tus ojos y tus manos
hallarán la expiación
de tus ensueños locos,
y tu audaz ilusión!—
Y, desciñendo el traje
con sus manos de flor,
abrió el seno izquierdo,
por bajo el corazón,
con un cáncer, ¡Dios mío!
¡oh, misterios de Dios!
que esparció por la iglesia
miasmas de mal olor.
—Este el seno en que sueñas
hallar la muerte atroz.
¡Esta fué tu locura;
ésta fué tu Ilusión!...

—¡Pobre Raymundo Lulio!...
Helósele la voz,
y transido de espanto,
allí mismo, acució
el acicate duro

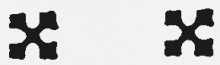
del corcel en acción,
que, dando un resoplido
fué corriendo veloz,
hollando los senderos,
las yerbas y la flor.

Las crónicas relatan
que el muy noble señor,
llorando la desdicha
de aquella sinrazón,
entróse en un convento,
donde a solas lloró,
hasta morir, la muerte
de su única ilusión.

Poeta: ilusiónate con el alba y la flor,
la esfinge de la noche y el rosicler del día;
con la mujer que arrulla nuestro primer amor
y surge en nuestros sueños como Hada de poesía.

No sea que te asalte la llaga cancerosa
en un seno de virgen; aunque es más desengaño
el cáncer en el alma de la novia o la esposa,
que entonces ni la muerte repararía el daño.

La ilusión son los pétalos caídos de una rosa,
el alma que se muere de frio en plena herida:
el Desengaño es esa caritativa losa
que cubre los despojos del alma y de la Vida.



BALMORI

Desde que el hombre nace, la ilusión es como una
Esclava arrodillada a los pies de la cuna
Arrullándonos siempre con su canto de amor,
Y empezamos, de niños, a soñar ilusiones,
Al poner los zapatos en los altos balcones,
Mientras pasan Gaspar, Baltasar y Melchor.

Luego, ya adolescentes y cubiertos de galas,
Sintiéndonos heroicos, abrimos nuestras alas,
Y en un vuelo que nada podría detener,
Seguimos locamente incubando ilusiones
En la escala divina de ensueños y ambiciones
Por el oro, la gloria, el honor y el poder.

Más tarde, la ilusión se hace más poderosa;
Es la primera novia de la saya de rosa,
Con todo el pecho lleno de abiertas sampaguitas;
Son las primeras cartas de amor, como zafiros,

Son los primeros besos, los primeros suspiros,
Y las primeras lágrimas, y las primeras citas.

Después, toda la vida con sus mil eslabones
Es solo una cadena perpetua de ilusiones;
Y cuando el desengaño nos quiere libertar,
¡Llega la muerte! Entonces más que nunca florida,
La ilusión nos abraza, nos señala otra vida,
Y con ella nos vamos para nunca tornar.

Señor del desengaño: Cuando vos érais niño,
¿No puso la ilusión con su blando cariño
Vuestras sandalias sobre el balcón del hogar?
¿Y en ellas, a la luz de la noche de oro,
No os dejaron un sistro inmortal y sonoro,
Melchor, Gaspar y Baltasar?

Siendo ya adolescente, ¿no llendis vuestra historia
De ambiciones supremas de poder y de gloria,
Y tendéis la fortuna a vuestros pies?
¿Por qué triunfo no habéis luchado con denuedo?
¿Qué laurel no ha caído para vos en el ruedo?
¿Qué ilusión no os tronchó como el viento a la mies?

¿Por qué mujer hermosa no os habéis inspirado?
¿Por qué amor, ahora mismo, no estáis ilusionado?
Si vuestro corazón gritando está ilusión,
¡Sed sincero, poeta, apartáos del daño,
Y clavad vuestra espada en vuestro desengaño,
Antes que el desengaño os ahogue el corazón!

Bernabé: habéis llenado mi corazón de espanto,
tratando de enlazar en vuestro ideal arrobo,
la divina ilusión del más divino Santo
al desengaño mísero del lobo.

Sin la ilusión, que os hace tan doloroso daño,
porque muere de frío en vuestro corazón,
¿qué más lobo traidor y cruel que el desengaño?
¿Qué más lobo que la Desilusión?

¡No es verdad que el amor sea un antro de dolores,
y que sean engaños los humanos cariños:
si desengaño fueran, no tendríamos flores,
no tendríamos madres, ni tendríamos niños!

No es verdad que la Patria esté desengañada;
no es verdad que la Patria renuncie a su quimera;
¡si desengaño hubiera, cogería su espada,
y moriría al pie de su bandera!

Ningún lobo de aquésos que soñáis nos detiene,
ningún águila acecha la espera veneranda:
Dios guía nuestros pasos; la Ilusión nos sostiene,
y el pueblo ilusionado triunfará en la demanda.

Antes de que salgáis lanzando imprecaciones,
decidme con la mano puesta en el corazón:
¿quién nos dió la victoria en tres revoluciones:
el Desengaño o la Ilusión?

× ×

BERNABÉ

Elegia de la Ilusión

¡Melchor, Gaspar, Baltasar,
que llenásteis nuestros sueños
cuando éramos aún pequeños
bajo el fuego del hogar!
¡Cuán hermoso era el soñar,
ir a coger mariposas,
volver cubiertos de rosas
y sentir en nuestra frente
todo el encanto durmiente
de los seres y las cosas!

¡Baltasar, Gaspar, Melchor
reyecitos de la infancia,
que pasasteis por la estancia
en aquella edad mejor!
De aquel sueño de candor
queda un recuerdo de llanto.

La vida arrastra su manto
por ciénagas de traición,
y ha mordido a la Ilusión
la loba del Desencanto.

¡Baltasar, Melchor, Gaspar!
Tenemos, pues la edad vuela,
que ir al taller y a la escuela
a aprender a trabajar.
¡No se vive con soñar
ni con fraguarse ilusiones
tumbados entre colchones
de oro, seda y algodon.
¡Los pobres ilusos son
la peste de las naciones!

Fué Shakespeare o Calderón
que, abriendo el libro del hombre,
dar supo a la vida un nombre:
sueño vacío, Ilusión.
Sí, ilusión, sombra, ficción
en el humano rebaño,

en lo que nos dice daño,
pues mi experiencia me advierte
que la ilusión es la muerte
y la vida el desengaño.

Cubre a la niña al nacer
una ilusión generosa:
nunca es tan bella la rosa
como en el amanecer.
La niña se hace mujer,
y sueña en las hadas bellas:
¡ay! no os malhieran, doncellas,
las mentiras de un momento:
¿queréis sembrar en el viento
con polvo de las estrellas?

Por cada hebra encanecida,
cada arruga, cada mueca,
va cayendo una hoja seca
en el árbol de la vida.

Es la ilusión dolorida
muerta en la oruga de amor:
entonces nace el dolor
del desengaño severo
que nos cuece el pan entero
de la fortuna mayor.

Era un pueblo muy pequeño
sobre los mares de oriente:
tenía un sol en la frente
y en el alma flor de ensueño.
En el yunque de su empeño
un gran pueblo le ayudó:
tres siglos le amó y crió,
forjando un común destino;
pero, en mitad del camino
un día le abandonó.

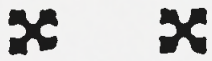
¡Sabrosa miel de panales
que a los moscones convida!

...Vino otra raza encendida
con nuevo oro de ideales.
Las águilas imperiales
vuelan aún en su heredad;
y la áurea felicidad
prometida son vestiglos:
¡aún nos esperan cien siglos
de pueblo sin libertad!

Yo dormí bajo las gradas
de los templos nacionales:
ví los partidos rivales
y las turbas engañadas.
Ví comedias no igualadas
de títeres de ambición;
y la misma Coalición
que zozobra y que naufraga,
es el faro que se apaga
de nuestra última ilusión.

¡Ilusión, sombra fugaz
en un sueño desleída!

Robas la sal de la vida
igual que un buitre voraz.
Déjanos vivir en paz
a solas con nuestro engaño:
porque, al ver tan crudo daño
Dios, con sus manos clementes,
ha encendido en nuestras frentes
la Estrella del Desengaño.



BALMORI

¡Ilusión! ¡Encantada y divina,
Señora Ilusión!
¡La de la barca dorada
y la vela desplegada
como alto y triunfal airón!
Ya luce la luz del día
en la solar pedrería
que cae en la fantasía
de la rumorosa ría;
y pues pasas, Ilusión,
en tu borda de poesía,
se acomoda el alma mía
y alza el remo de armonía,
al golpe de su canción.

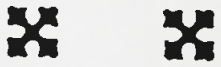
Queda un instante parada
cabe la verde enramada,
donde el alma desolada
te aguardaba en postración.
¡Iza tu vela encantada
como alto y triunfal airón,

y lleva mi alma hechizada
sobre tu barca dorada,
dulce Ilusión, adorada
Ilusión!

¡Allá lejos
luce el amor sus reflejos;
fulgura la ideal pasión,
y suenan los dulces dejos
de tantos cantares viejos
como forjaste, Ilusión!
¡La luna tiembla en la esfera
como perla prisionera;
en el viento es cual bandera
el vuelo del golondrón,
y, al final de la jornada,
temblorosa y nacarada,
por sí misma perfumada,
nos aguarda, enamorada,
la Ilusión!

¡Vida mía!
¡Hace tiempo que te oía,
que mi vida te rendía

al rendirte el corazón;
y en el azul perseguía
con mi loca fantasía
el eco de tu armonía
y el ritmo de tu canción!
¡Donde moras no hay olvidos,
ni desengaños dolidos,
ni pesares, ni gemidos
que estrujen el corazón;
por eso bogo a tus prados
llevando a mi remo atados
los desengaños cuitados,
porque sean deshojados
por tus blancos pies atados,
Ilusión, reina Ilusión,
Ilusión, madre Ilusión!



BERNABÉ

Síntesis

Tal que el soldado que ganó una guerra
de alguna cicatriz luce el encanto,
y en ese talismán su gloria encierra,
así el alma que pase por la tierra
vive en la cicatriz de un desencanto.

El desencanto es ácido de vida
que en la caja de Dios templa dolores:
forja de hierro que jamás se oxida,
y suspende los ríos de la herida
que han abierto en el alma los amores.

Es el repaso de la vida diaria,
una queja sutil, una plegaria:
cada desilusión, misal de agravios,
llega a enseñar al alma solitaria
más que todos los libros de los sabios.

La Ilusión es el árbol que proclama
su lozanía en amplios regocijos:
el Desengaño es la desnuda rama,
tronco caído que al obrero llama
a hacer con él la casa de sus hijos.

No hayáis temor de aquéllos que hasta el cielo
quieren volar sin el divino lastre:
esos caminan sin tocar el suelo,
y al menor aire que les frene el vuelo,
van a caer en las rocas del Desastre.

No temo a la Ilusión: su ala es de cera,
su pie de flor, su corazón pequeño:
aún florece la loca Primavera,
y ya se está muriendo, prisionera
en las doradas cárceles de un sueño.

El Desengaño, no: grave señora
que bajo los cipreses reza y llora:
lazarillo de luz que en nuestro duelo
nos guía a la región en donde mora
la Verdad, hija única del Cielo.

¡Sois bellas pero tristes! dijo un día
a una doncella un trovador extraño;
y la doncella respondióle fría:
—No pidáis a los rostros alegría
mientras la patria llora un Desengaño—

¿Qué es la Ilusión? Del alma desvaríos:
no fuera tal si no mintiera daño.
Como corren al mar los pobres ríos,
así toda ilusión, señores míos,
va a morir en el mar del desengaño.

La ilusión es la mágica varita
que finge ante la atónita mirada
el cielo siempre azul, siempre bonita,
pura y sin mancha la mujer amada,
y dice que el rosal no se marchita.

Pero, ¡oh, dolor! El cielo azul sereno
no es cielo ni es azul, claman los sabios,
y muestra el fondo de sutil veneno
que hay en el beso que se dan los labios
y el pomposo rosal, de espinas lleno.

¡No habléis del Arco-iris! Esa lira
de colores con arte confundidos
es mentida ficción, si bien se mira;
¡es la Naturaleza hecha mentira,
vapor de agua que engaña los sentidos!

Sueña el pastor y sueñan las zagalas,
sueña la flor y el agua y el lucero,
y sueña el ave que le brotan alas;
y sueñan las románticas tagalas
en un leve y dulcísimo "te quiero."

Y el "bagongtao" no viene. Y ella espera
en el jardín, postrándose de hinojos
ante una cruz cercana de madera;
hasta que al fin, nublados ya los ojos,
entregada al dolor, se desespera.

Y yo soñé también. Soñé que un día
un Hada, desde lo alto de una sierra,
me daba el cetro de la poesía:
el Hada fué Ilusión, y todavía
soy el juglar más pobre de mi tierra.

¡Apártate, Ilusión! En la tormenta
que agita nuestro lago Tiberiades,
se quebrará tu ala macilenta:
pues eres la mentira cenicienta,
no servirás para construir verdades.

La llave que redima al Universo
la guarda en una cueva un ermitaño
que huyó del mundo, a la ilusión adverso:
está en la arruga, cicatriz o verso
que Dios creó al crear el Desengaño.

EPILOGO

Las poesías que constituyen este volumen, ven de nuevo la luz para satisfacer el ansia general de un público que no se dió por satisfecho con el placer de oirlas de labios de sus autores en torneos públicos tan ariscados como deliciosos, celebrados en el escenario del Opera House, y quiere llamar de tiempo en tiempo a sus páginas para revivir el recreo de su perfume y de su sonoridad.

No son, como la generalidad de las producciones líricas, coloquios que entabla el vate consigo mismo, desplegando las alas de la imaginación y moviéndolas con su más hondo sentir; se han hecho y dicho por dos pensamientos opuestos para reñir una batalla, para golpearse mútuamente, para buscar un efecto, al modo del choque del eslabón en la piedra, arrancando chispas a cual más intensa y luminosa que deslumbren y des-

concierten la atención del que las presencia sin dejarle arbitrio para decidirse en uno ó en otro sentido.

Estos torneos poéticos son para el proceso imaginativo tanto o más influyentes que lo es la esgrima para el desarrollo físico. Ante todo, son un contraste en acción, que dentro de las más rígidas normas de la caballerosidad autorizan el empleo de las armas más agudas y sutiles sin riesgo de abuso ó de felonía, porque el duelo reviste carácter escénico y espectacular, y en todo momento actúa el público de juez inflexible. Por ser todo contraste y oposición en estos certámenes poéticos, requieren en los duelistas temperamentos distintos. La poesía mana de una sola fuente y en ella han de buscar la inspiración cuantos se consagren a su culto. Del mayor caudal que extraigan y de la mayor virtud con que lo asimilen, depende la calidad del poeta; pero no deja de ser parte a marcar su personalidad el surco que traza a la desviación de esas aguas para alimentar su gusto personal, por todo lo cual el éxito de una justa poética reside, más que en la contrastación o paralelismo del tema, en la dife-

renciación de temperamento de sus mantenedores. El "Olvido" y el "Recuerdo"; la "Ilusión" y el "Desengaño"; la "Mujer" y el "Hombre", que han sido la materia de debate que éste volumen reproduce, no son, en puridad, temas opuestos perfectamente deslindados y sin encuentro posible. En la vida humana no existe una sola negación; todo es afirmativo, y el olvido y el recuerdo, el hombre y la mujer son correlativas que se compensan, partes integrantes de una sola realidad, matices de una sola armonía. Al separarlos, al hacerlos contrapuestos y en discordia, incurrimos en una ficción cuyo mantenimiento solo puede dar la sensación de efectividad cuando es hábilmente sostenido.

Lo que positivamente distancia, irreconcilia y mantiene el duelo con toda la brillantéz de una sincera y convincente disputa, es el temperamento poético de los luchadores, y en los casos a que éste libro se refiere, todo el éxito hay que atribuirlo al hecho de que, siendo actores dos grandes poetas, no existe entre ellos punto de contacto ni signo de pensamiento ó de expresión que los aproxime.

Ambos han extraído cuantioso caudal de inspiración en el perenne manantial de la poesía; pero por ese misterioso instinto que lleva a todo hombre fuerte y seguro de sí mismo a trazar rumbos ó seguir cursos que los hagan exclusivos y originales, en todo el largo de su carrera poética se han dado la espalda y no se han encontrado nunca. El uno, Bernabé, ha deslizado desde el primer momento el raudal de su inspiración por terrenos accidentados y pedregosos, dejándolo despeñar por grandes desniveles que lo truequen en catarata, ú horadando, en fuerza de empuje, vivas rocas que dén a sus versos la sonoridad, los rugidos, más bien, en que rompen las resistencias y las luchas.

El otro, Balmori, cediendo a la línea de menor resistencia, desde el pié del manantial condujo sus aguas inspiradoras por los amplios valles y los verjeles, complaciéndose en el espectáculo de la Naturaleza y haciéndola teatro de un constante idilio. Aquél, forzado por la rudeza de su tarea, se ha hecho un forjador que se complace en amontonar las dificultades para vencerlas; éste, seducido por la magia de la fantasía, se deja arrullar por

los encantos con que la brinda, rehuyendo la mirada y deteniendo el paso ante los accidentes y los peligros, contentándose con cultivar el jardín cuyas flores no se marchitan, y en cuyo ramaje suenan un día y otro los mismos trinos. Aquél, apostrofa y desafía, extrayendo de lo agreste y de lo rebelde el motivo de la inspiración: Balmori, se tiende a lo largo en el césped que alfombra su oásis, y, cerrando los ojos, busca solo en los centros de su imaginación, como anestesiada por el placer de la molicie, el susurro blando y acompasado en que se pronuncian los sentidos.

Estas dos maneras tan distintas en el fondo y en la expresión, determinaron el efecto triunfal con que recibió el público los tres desafíos. La ficción de que el "Recuerdo" y el "Olvido", la "Mujer" y el "Hombre", son cosas antagónicas y sin engarce posible, revistió proporciones de realidad por el antagonismo y el desengarce positivo, evidente, entre los dos poetas. El recuerdo la ilusión y la mujer, tuvieron en Balmori una consagración de su naturaleza poética y de su pintoresco estilo. Oásis fueron los tres argumentos para que cerrara los ojos y dejara ir la imaginación por los fá-

ciles é impresionantes vuelos de la fantasía. El **hombre** el **desengaño** y el **olvido**, pétreas concreciones de la Naturaleza, que tán pronto son montañas inaccesibles como abismo profundo, prestaron a Bernabé la ocasión magnífica de lucir la férrea contextura de su constitución poética, esencialmente viríl y luchadora, arastrando a los oyentes, despoesídos de voluntad, en todas las direcciones de su vuelo atrevido.

¿Quién venció a quién? Esta pregunta está aún sin constestación. Aún dando por supuesto que puedan deducirse, por una recta crítica, ventajas del uno sobre el otro, sería menester para ratificarlas que se hubiera hecho patente igual predominio en alguno de los temas debatidos; pero esto no podía ser y no fué: **olvido, recuerdo, ilusión, desengaño, hombre y mujer**, son partes inseparables, componentes intrínsecos y complementarios de la vida.

Ha pasado algún tiempo desde que se alumbraron éstas poesías, y hoy, quién hojée éste volumen friamente, no podrá discernirlo. No es tampoco lo mismo leerlas que oirlas. Están pensadas y hechas para lanzarlas al aire y que en él se pierdan. En la rima, como en la prosa, cuando ha de

desenvolverse en forma oratoria, hay que rehuir el frío de la reflexión y fiarlo todo al fuego de los sentidos. La impresión dominante que el tiempo ha venido a afirmar, es que Filipinas cuenta con dos grandes poetas, y que la lírica castellana ha encontrado en Balmori y en Bernabé dos soberanos artífices. Este libro puede ser, por consiguiente, puerta grandiosa é invitación irresistible para el cultivo de la poesía castellana en Filipinas.

JOSE Ma. ROMERO SALAS